RESEÑAS DE LIBROS

Actas (Las) de Independencia de América. Edición y nota preliminar de Javier Malagón. Estudio de Charles C. Griffin. Washington, D. C., Unión Panamericana, 1955, 144 pp.

Idea feliz, que viene a demostrar cómo la Historia puede forjar vínculos entre los pueblos, es la que ha culminado con la espléndida edición de este libro en el que aparecen las fes de bautismo de las 21 naciones de este hemisferio, algunas de ellas reproducidas facsimilarmente. La tarea llevada a cabo para compilar esos documentos ha sido ejemplar, abrumadora, y el doctor Malagón tiene a bien decir en la nota preliminar qué instituciones e investigadores le han prestado su colaboración. En cierta forma el libro es un trabajo hecho en equipo, de modo que cada una de las actas está apoyada sobre una investigación minuciosa, que les da carácter verdaderamente histórico. El doctor Griffin declara en su estudio: "El tema que fluye a través de todas las declaraciones de independencia americanas es el de la soberanía popular. La idea de que el gobierno debe depender de la voluntad de los interesados es universal. La expresión de tal filosofía, sin embargo, se ve afectada por las diferencias de tiempo, lugar y circunstancia".

Para el hombre de estudio, especialmente para quien se interesa por el mejor conocimiento de América, esta obra es fundamental y para el historiador de las ideas una guía excelente.

Revisando el volumen se puede advertir las dificultades que ha habido en presencia de diversos materiales documentales que han suscitado discusión sobre el acta de independencia de un país; por ejemplo, Cuba, ya que aparecen el manifiesto del general Narciso López (1850) y el de Carlos Manuel de Céspedes (1868) disputando la primacía al texto de la primera Constitución cubana (abril 1869) y el manifiesto de Montecristi que redactó José Martí (1895). Gracias a la paciente investigación ha sido posible deslindar hechos que están puntualizados por los historiadores para la mejor precisión de los hitos. Recuérdese que algunos países americanos se emanciparon de otros que ya se habían emancipado o se disgregaron. Tal

sucedió con la República Dominicana, que se separó de Haití (16 enero 1844); las repúblicas centro-americanas que se constituyeron en estados cuando acaeció la disgregación del sistema federal; Panamá, que se separó de Colombia (4 noviembre 1903), y Paraguay, que se emancipó de la República Argentina (25 noviembre 1842).

Para la geografía histórica y la geografía política no pueden ser más interesantes estos papeles cuidadosamente reunidos.

En esquema puede contemplarse, con la lectura de los documentos reunidos, el panorama del movimiento histórico de América, que sigue siendo el continente unido jurídicamente en la defensa de los ideales de sus fundadores.

Rafael Heliodoro Valle.

ARCHIVO *Histórico Nacional*. Ma. del Carmen Pescador del Hoyo. *Documentos de Indias. Siglos XV-XIX. Catálogo de la serie existente en la Sección de Diversos*. Madrid [Diana, Artes Gráficas], 1954. 282 pp., 1 hoja, 8 láms. (Dirección General de Archivos y Bibliotecas. Servicio de Publicaciones).

En 1877, el Ministerio de Fomento español dio al público una obra —*Cartas de Indias*— bien conocida y estimada por los historiadores. Los documentos que en este volumen se incluyeron forman parte de un lote que, por orden del conde de Toreno, titular a la sazón de la citada dependencia ministerial, fueron comprados a don Luis Ruiz Vega a fines del siglo pasado, con destino al Archivo Histórico Nacional, donde actualmente se custodian en la Sección de "Diversos", integrada además por las series de autógrafos, bulas y breves, comunidades, concejos y ciudades, diversiones públicas, gremios y cofradías, heráldica, hermandades, minería y geología, miscelánea, paleografía, patrimonio real, subsidio y excusado, y títulos y familias. Las referidas *Cartas de Indias* insertan la transcripción de 108 documentos, a los que siguen tres apéndices: Vocabulario geográfico, Datos biográficos y Glosario de voces de origen americano. Figuran como ilustraciones los facsímiles de 29 documentos, sellos y firmas (entre ellas la tan debatida de fray Toribio de Benavente o Motolinía), la "Traza del tesoro de los Incas" y cuatro mapas intercalados. Al seleccionar los documentos que en dicho importante volumen se editan, prescindióse totalmente de los documentos que carecen de fecha o firma, los cuales son en buen número, así como de cualquier clase de copias, coetáneas o no, de los hechos a que se refieren.

Con tal criterio, fácil es presumir que muchas piezas de importancia

histórica habrán quedado fuera de las páginas de las *Cartas*. Dar a conocer a los interesados en la historia de América los siete legajos que integran parte de la Sección 11a. o de "Diversos" del Archivo Histórico Nacional parecía tarea ineludible, y de ella se ha encargado la señora Pescador del Hoyo, ya conocida por otros trabajos, algunos tan notables como el catálogo de los documentos del Archivo Municipal de Zamora (Zamora, 1948). "El presente Catálogo —se nos dice en el Prólogo— comprende 540 documentos, por cuya cifra puede apreciarse claramente hasta qué punto constituyen una novedad las noticias que aporta, ya que los documentos reseñados exceden en cinco veces al número de los publicados por el Ministerio de Fomento, y en alguno más del doble de los que se consignan en la... Guía de 1917".

La autora de la publicación que examinamos, cuya lectura recomendamos vivamente a los historiadores del México colonial, supone que el primitivo colector de la serie estudiada pudo haber sido el académico don Juan Bautista Muñoz, autor de una *Historia del Nuevo Mundo,* de la que sólo vio la luz el tomo primero (Madrid, 1793). El catálogo de la Sra. Pescador del Hoyo sigue el orden cronológico, que a su vez responde al topográfico, por lo que el número que designa a cada uno de ellos es al mismo tiempo su signatura. Tres índices, de personas, lugares y materias, facilitan el manejo de esta obra, en la que con todo rigor y exactitud se da noticia de los fondos que integran parcialmente una de las secciones menos conocidas del Archivo Histórico Nacional de Madrid.

Agustín Millares Carlo.

Facultad de Filosofía y Letras.
Universidad Nacional Autónoma de México.

BAER KURT: *Painting and Sculpture at Mission Santa Barbara.* Washington, D. C. Academy of American Franciscan History, 1955.

Las manifestaciones del arte colonial mexicano abarcan una amplia área que se extiende a toda Centro América hacia el sur y a los estados americanos limítrofes con la frontera, estados que en otra época formaron toda la parte norte de la Nueva España.

Uno de los testimonios más interesantes de esta prolongación son las misiones Franciscanas de los antiguos territorios de Nuevo México, Texas y California. Han sido el núcleo de grandes ciudades norteamericanas, que en la actualidad conservan con cuidado y cariño estas humildes construcciones de adobe.

El libro de Kurt Baer que aquí reseñamos está consagrado a la misión de Santa Bárbara. Esta misión fue fundada a fines del siglo XVIII, en 1786, como centro de un presidio establecido en 1782. La primera construcción fue provisional, con material paupérrimo y humilde ornamentación. Unos cuantos años después se establece una iglesia mucho más importante, con una curiosa fachada inspirada en los dibujos de Vitruvio. Esta iglesia y el anexo convento se fueron enriqueciendo durante los primeros años del siglo XIX con una serie de pinturas y esculturas confeccionadas en la ciudad de México y enviados a la misión a través del Colegio Apostólico de San Fernando.

Este pequeño tesoro que se formó por agregaciones sucesivas, estuvo a punto de desaparecer —como desaparecieron los bienes y propiedades de otras de las misiones— a consecuencia de la serie de revoluciones y leyes anticlericales que se sucedieron en la historia de México, en el segundo cuarto del mismo siglo.

Las de Santa Bárbara, como decía, se conservaron casi milagrosamente y han llegado hasta nuestros días en bastante buen estado.

El libro de Baer es un cuidadoso catálogo de todas estas piezas, incluyendo una reseña histórica de la iglesia. Analiza las esculturas, pinturas y objetos de arte menor que se han conservado acompañando este catálogo con una serie de excelentes fotografías.

Una crítica se le puede hacer a esta obra y es que el autor, al describir estas piezas, se refiere casi siempre a los antecedentes peninsulares de ellas. Creo que este es un error ya que a fines del siglo XVIII el arte mexicano había adquirido una personalidad perfectamente definida. Varios de los pintores cuyas obras están reseñadas (Páez, Padilla, etc.) son bastante conocidos. En cuanto a otras pinturas anónimas, por comparación se puede llegar a clasificarlas con cierta exactitud.

Aparte de ello no queda más que felicitar a la "Academy of American Franciscan History" por esta monografía tan excelentemente presentada.

Gonzalo Obregón.

Museo Nacional de Historia,
Castillo de Chapultepec, México.

BULNES, GONZALO: *Guerra del Pacífico.* Volumen I. Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, S. A., 1955. 415 p. y un mapa.

En la literatura historiográfica de Chile el A. ocupa lugar de excepción por haberse dedicado a la historia militar sin poseer títulos especiales de técnico para ello. Fue ante todo escritor, y aunque participó en la Guerra del

Pacífico, en consonancia con sus hábitos y su preparación desempeñó empleos de administración y no de carácter castrense. Pero si se examinan las principales obras del A. se verá que casi todas ellas versan sobre las campañas de guerra que hubo de realizar el ejército de Chile en diversas épocas, desde la expedición libertadora del Perú en 1820 hasta la Guerra del Pacífico en 1879, pasando por la que destruyó la Confederación Perú-Boliviana de Santa Cruz en 1839. En esta última el jefe chileno que triunfó en el famoso combate del Pan de Azúcar de Yungay fue el general don Manuel Bulnes, padre del historiador, quien se inclinó a escribir sobre aquella campaña en presencia del rico archivo documental que le mostró su progenitor y cuya importancia para conocer los sucesos de la época, sin duda le hizo calcular con sus propias recomendaciones verbales. Cosa semejante pasa con la Guerra del Pacífico. En esa ocasión no fue ya el padre de don Gonzalo Bulnes quien intervino en la contienda sino su tío carnal, don Aníbal Pinto, que era Presidente de la República cuando comenzó la guerra y que siguió al frente de la responsabilidad política de la campaña hasta 1881, fecha en la cual fue reemplazado en el gobierno chileno por don Domingo Santa María.

Y en este caso ocurre algo parecido a lo que ya señalábamos. El A. tiene a su disposición el archivo de su tío, lo estudia con calma y aun, puede decirse, lo olvida durante algunos años. Vuelve a él algún tiempo después, y nota que algo le falta y sale a buscarlo. Se le da la noticia de que tal y cual sobreviviente conserva papeles, le visita y se los pide, o que los descendientes de tal jefe han conservado las apuntaciones íntimas que en forma de diario trazó, al azar de la campaña, el responsable de algunos de los episodios de la guerra. Y de este modo compone una masa documental impresionante, tal vez la más vasta de que ha podido disponer historiador chileno alguno sobre un fragmento cronológico relativamente reducido (cuatro años). Las citas que va haciendo en el curso de su libro lo prueban así. Ha visto la correspondencia cruzada entre los ministros Domingo Santa María y Antonio Varas; dispone del diario de Rafael Sotomayor, que fue ministro de guerra en campaña y que murió súbitamente, en pleno servicio; recorre el legajo de anotaciones casi cotidianas que le facilita el almirante Williams Rebolledo; se le proporciona el memorándum íntimo del ministro de Relaciones Exteriores Jorge Huneeus; y las noticias que pudieran faltarle se las dan las apuntaciones íntimas de José Francisco Vergara, el ministro que sucedió a Sotomayor a su muerte. Y, en fin, para completar el extraordinario elenco, le llegan papeles de otras fuentes: el general Manuel Baquedano, el general Justo Arteaga, los civiles Dávila, Novoa y otros que sería prolijo citar (p. 30).

¿Qué hará con este aporte documental ciertamente excepcional y acaso único? La tentación de redactar una historia crítica para contrariar las versiones primitivas de la guerra que pudieran quedar invalidadas por

tanto documento, era ciertamente muy fuerte. El A. la rechaza y opta por otro camino. De todos aquellos papeles que proceden de fuentes tan diversas, y precisamente por lo diferentes que son, surge para él una visión nueva, distinta, de la Guerra del Pacífico. La ve como una empresa nacional en la cual, cayendo y levantando, esto es, errando al principio y capitalizando en fin las experiencias, es la nación misma la que vence empleando de los militares la concepción estratégica y el punto de vista exclusivamente técnico y de los civiles la visión política y el ideal final de la contienda.

Para dar a su obra la nueva dimensión que el autor ha concebido le es, en fin, necesario hacer un sacrificio considerable en los años ya de madurez en que emprende la redacción. Quiere que el estilo vibre, que la frase apostrofe y cante, que el elogio a los héroes se compagine estrechamente con la condenación de los débiles, flojos, perezosos y escépticos. Para ello es preciso escribir en forma recta, espontánea, sin artificios retóricos, con imperiosidad similar a la que emplea Napoleón en sus arengas. Y lo más singular es que lo consigue, y no sólo a retazos y cuando la narración lo permite, sino a lo largo de todo el libro, que por lo demás es muy extenso y abarca tres volúmenes en su edición primitiva, publicada entre 1911 y 1919.

Para saber si este nuevo estilo sirve para el caso y produce emoción en el leyente, consigue que un diario de Santiago de Chile, *El Mercurio*, publique el libro en sus columnas a guisa de folletín. La prueba resulta. Muchos nuevos testimonios se le van allegando, y a cada paso se le celebra por lo que ha dicho y se le reconoce no sólo talento de historiador, que el A. tenía probado ya de mucho antes, sino además que su visión de la guerra es efectivamente novedosa. El diario, entusiasmado con el éxito, le ofrece una medalla cuando se termina la publicación en sus columnas; y la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, que se ha fundado en 1911, acepta la justicia de esta recompensa y añade otra: la medalla anual de oro, de que le hace entrega en 1914.

El concepto que en el extranjero se tiene de la Guerra del Pacífico es muy sencillo: Chile era un país pobre que codiciaba a sus vecinos del Norte, el Perú y Bolivia, una riqueza que éstos además no sabían aprovechar bien, la del guano y del salitre; y para salir de pobrezas decide quitarles las provincias en que esas sustancias se acumulan y se benefician. El A. sin detenerse grandemente en la injusticia de esta visión en extremo simplificada comienza su relato hacia 1873 (pp. 54-81), cuando el Perú y Bolivia se unen en un pacto ofensivo y defensivo que los compromete a luchar unidos contra cualquier enemigo común. La historia sigue cuando los dos aliados procuran agregar al grupo a la República Argentina, sin lograrlo. Continúa cuando en Chile se vislumbra la existencia del pacto y los diplomáticos chilenos se agitan para obtener copia del mismo, sin conseguirlo.

Y entonces logra establecerse que la guerra no fue desencadenada por el débil contra los dos fuertes (cosa que repugna a la recta razón) sino que resultó de una serie de causas encadenadas entre las cuales el salitre y el guano, si bien existen, no son las únicas ni siquiera las más decisivas.

En el primer volumen de este libro, cuya segunda edición estamos examinando, se cuentan los siguientes sucesos sustanciales, después del estudio diplomático de las causas de la guerra: la ocupación de Antofagasta (pp. 82-93), el combate naval de Iquique en que Chile perdió la *Esmeralda* (pp. 178-95), el combate naval de Angamos en que el Perú perdió a su vez el *Huáscar*, y con ello la guerra (pp. 271-96), y la campaña de Tarapacá (cap. XIV a XVII). Esta última es una serie bastante extensa de maniobras, avances, retrocesos, tanteos y ensayos con los cuales se puso a prueba la paciencia de los chilenos. En 1879 los comandos superiores de Chile estaban en crisis: no había jefes adecuados para la guerra del desierto y los comandantes navales, mucho más expertos por la reciente guerra de España en el Pacífico (1866), estaban vencidos por la edad y por achaques de salud. Es preciso, pues, eliminar discretamente a los que no sirven y buscar a quienes fuesen capaces de sustituirlos.

El señor Bulnes nació en 1851 y falleció en 1936. La obra que ahora se reedita, repetimos, es única por muchos motivos en su galería de historiador, y así lo hace saber el autor del prólogo de esta edición, don Francisco A. Encina, en un ensayo de 22 páginas que abre el libro y le confirma el bautismo de gloria y excelencia que le habían dado ya otros hombres de las generaciones que lo han leído y aplaudido.

Raúl Silva Castro.

Biblioteca Nacional,
Santiago de Chile.

BUSHNELL, DAVID: *The Santander regime in Gran Colombia.* Newark, Delaware (U.S.A.), University of Delaware Press, 1954. IX-381 pp.

Este libro se incorpora a los que han aparecido en inglés sobre personalidades importantes en la historia de América; por ejemplo, el *Bolívar* por Gerhardt Mazur, el *Martí* por Jorge Mañach, el *Santa-Anna* por Frank C. Hanninghen.

Nutrido de información de primera mano, el A. redactó su disertación doctoral en la Universidad de Harvard en torno al gran colombiano y tuvo que documentarse en Colombia para poder hacer un análisis a fondo de Santander. Son 21 capítulos con un apéndice y una rica bibliografía los que el A. ha consagrado a la figura que es motivo de este libro. Co-

mienza disertando sobre Venezuela, Nueva Granada y Quito, a fin de presentar un trasfondo histórico que permita comprender la creación de la Gran Colombia. Ante todo, considera que Santander fue un gobernante consciente (p. 40), un hombre probo y un gran oficinista, que tenía estilo puntilloso y se hallaba bien dotado para el cargo de Presidente de Colombia en los momentos en que Bolívar se encontraba en el Perú, colaborando en la independencia de dicho país. Hace notar fundamentalmente que Santander tenía devoción incondicional a la legalidad y que era "el Hombre de las Leyes"; si bien le señala (p. 42) el error que cometió al dar una orden contra el periodista Francis Hall, diciendo que Santander era irritable ante los ataques que le endilgaban. Era Santander imparcial cuando proponía candidatos al Congreso, pues los escogía aun entre los independientes sin el propósito de atraérselos políticamente (p. 43), y le tocó actuar en un medio de corrupción en que abundaban el monopolio y el contrabando.

En el capítulo IV el A. analiza los poderes Judicial y Legislativo y afirma que al escribir la historia de las repúblicas hispano-americanas, es costumbre no examinar la justicia nacional y muy poco la obra de los legisladores; y recalca que en la evolución política hispano-americana debe notarse que el Ejecutivo se ha caracterizado por la concentración del poder. Para redactar ese capítulo, el A. recuerda la semejanza entre las Audiencias de Bogotá, Caracas y Quito y las Cortes Superiores de Justicia que surgieron al efectuarse la independencia. Cuando ésta se logró, fue de notarse la ascensión de la ola del crimen, pues los caminos estaban inseguros, aumentaba el robo de las mercaderías en el Río Magdalena, lo mismo que el abigeato y los peligros que la vida y la propiedad enfrentaban en Bogotá. Al hablar (pp. 50-51) del Congreso afirma que "no hay duda de que muchos diputados hicieron buenos negocios cuando una parte del empréstito de 1824 fue empleada para cancelar la Deuda Interna".

El capítulo XII sobre la educación pública bajo Santander se refiere a que la primera preocupación de los gobernantes de Colombia siempre ha sido la educación del pueblo. Habla de la escuela lancasteriana introducida por el franciscano Sebastián Mora (1820) en Copacho, Venezuela, y más tarde en Bogotá, y se refiere al educador francés Pierre Cometant, quien fue contratado en Europa por Rafael Revenga. Enseguida menciona la influencia y el método de enseñanza de José Lancaster, quien fue traído de Europa por Bolívar. El A. en ese capítulo alude a la Academia Literaria Nacional, fundada en 1826, cuyos 21 miembros debían ser elegidos por Santander. Al mismo tiempo recuerda la influencia de las ideas de Jeremías Bentham y el decreto que Santander expidió (noviembre de 1825) haciendo obligatorio para los estudiantes de leyes el texto benthamiano sobre principios de legislación.

Ese es el tono en que está redactado este libro que será, indudable-

mente, de valiosa consulta para quienes tengan que estudiar la historia de Colombia y la personalidad del hombre extraordinario que fue Santander.

Por supuesto que el A. explica las fricciones entre Bolívar y Santander (pp. 69-75) y diserta sobre los liberales y las masas, la esclavitud, el liberalismo y los indios, el anticlericalismo, la masonería, el ejército y la política. El último capítulo está dedicado al regreso de Bolívar y la caída de Santander.

Es deplorable que en un libro de tal naturaleza, aunque no es una biografía, no se hable del nacimiento, educación y muerte de Santander.

Rafael Heliodoro Valle.

CASTEDO, LEOPOLDO: *Resumen de la Historia de Chile.* Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, 1954-1955.

La *Historia de Chile* que comenzó a publicar en 1940 don Francisco A. Encina y que se completó al darse a luz su vigésimo volumen en 1952, acaba de adquirir un complemento curioso en el *Resumen* que de ella ha hecho don Leopoldo Castedo. Comprende 2172 páginas distribuidas, para facilitar la consulta, en tres abultados tomos, y, al revés de lo observado en la primitiva obra de Encina, que carecía totalmente de cualquier aparato gráfico, aparece avalorado con 1690 figuras dentro del texto. Estas son, en su mayoría, fotografías, litografías y otros grabados reproducidos de diversas fuentes, más algunos cuadros, planos, mapas y diagramas trazados especialmente para la obra. Ofrece además 32 láminas, entre las cuales llaman la atención, por su gran tamaño y a veces por la belleza gráfica, los mapas de Chile de 1777 dibujado por Tomás López y de 1793 ordenado por el virrey Gil y Lemos y dibujado por Andrés Baleato; los planos de Santiago debidos a Mostardi Fioretti, 1864, y a Ernesto Ansart, 1875 los croquis de las batallas de Concón y Placilla dibujados especialmente, así como el desarrollo cronológico-histórico de la Guerra del Pacífico, también hecho ad hoc para el libro. Toda esta exhibición gráfica, que ha demandado al señor Castedo un esfuerzo extraordinario y una vigilancia exquisita, merecen el más cumplido encomio.

No menor es el interés que reviste la *Cronología General de Chile,* pp. 2039-2135, que es la más completa de su índole que se conoce. No es el caso señalar en ella, así como en el texto, errores que son disculpables, pero sí decir que algunos fueron indicados al autor, cual se deja constancia en la p. 2171, quien se apresuró a salvarlos en la medida que le era accesible. Entendemos que todos ellos serán oportunamente eliminados en la segunda edición de la obra, que ya parece próxima.

El *Resumen* de que estamos tratando aparece dividido en la siguiente forma: el volumen inicial comprende de 1535 a 1817; el segundo, de 1818 a 1879, y el tercero, de 1879 a 1891. La obra termina con la revolución de 1891, que es también el término de la redacción de la *Historia de Encina* sobre la cual ella está basada.

Precede, en páginas de numeración romana, una explicación sobre el *Resumen* y su origen, en la cual se incluye biografía de don Francisco A. Encina. Nació este historiador en Talca el 10 de setiembre de 1874, recibió el título de abogado en 1896 y fue diputado en el período 1909-12. Es autor de varias obras de estudio, pero la principal es la *Historia de Chile* ya mencionada. Con ella ha querido el señor Encina renovar el concepto mismo del devenir histórico de Chile, que le pareció mal concebido y sobre todo mal expresado en libros anteriores dedicados al mismo tema. Para él, resumiendo expresiones formuladas en diversas oportunidades, la historia de Chile había sido vista por sus antecesores en forma superficial y redactada en estilo poco ágil y nada ameno. Su empeño ha consistido, pues, en hacer de nuevo todo lo que atañe a la historia del país, tanto en lo grande como en lo menudo, aun cuando para narrarla haya debido adoptar formas muy similares a las que empleó antes don Diego Barros Arana (por citar uno solo de sus predecesores, y el que más se ha esforzado el señor Encina por derribar de su pedestal). Algo de esto se ve en el Resumen escrito por el señor Castedo.

Don Leopoldo Castedo es por lo demás ciudadano español, ahora nacionalizado chileno, reside en Chile sólo desde 1939 y conoció al señor Encina porque en algún período le sirvió de secretario para poner en limpio y ordenar fragmentos de la *Historia* que estaba en curso de publicación. Debido a estas circunstancias, el señor Castedo ha optado por resumir en un libro de redacción propia la obra de un chileno, ya que escribir la historia de Chile por su cuenta le habría exigido un trabajo estupendo. Y no se le debe hacer cargo por ello, puesto que gracias a su esfuerzo, la obra de Encina habrá de popularizarse y ser conocida por una masa de lectores que acaso sea, a la larga, más abundosa que el número de quienes han leído la historia de Encina en su forma primitiva. Tres volúmenes son más fáciles de leer que veinte. . . ; y lo son, sobre todo, si a ellos se añaden oportunos grabados, mapas y planos que ayudan a entender el desarrollo de ciertos sucesos. Las 1690 figuras en el texto, que mencionábamos más arriba, bastan para explicarnos la meta en la cual ha puesto la mirada el señor Castedo y aun para calificar el resultado de su difícil tarea.

El señor Castedo se ha distinguido en Chile por el amor que aplica a las manifestaciones históricas del arte gráfico, y en posesión de su cámara fotográfica ha recorrido museos públicos y colecciones particulares. Son varias las obras en las cuales ha colaborado como fotógrafo. A la formación del *Resumen* ha podido aportar un archivo iconográfico de varios mi-

les de piezas entre las cuales se cuentan sobre todo, como las más significativas, las reproducciones de grabados de Mauricio Rugendas, artista alemán que vivió en Chile varios años y que sobre sus experiencias en este país trazó estampas de ágil diseño aprovechadas ya por el propio don Claudio Gay en su historia publicada en París. El señor Castedo ha llevado a cabo, pues, un verdadero arqueo iconográfico de Chile, del cual una muestra avanzada y logradísima puede verse en el *Resumen* que estamos comentando.

Raúl Silva Castro.

Biblioteca Nacional,
Santiago de Chile.

CORRESPONDÊNCIA *de Capristano de Abreu.* Edição organizada e prefaciada por José Honório Rodrigues. Rio de Janeiro, Ministério da Educação e Cultura, Instituto Nacional do Livro, 1954, 2 vols. LVI, 448, 544 pp., retr., fac-símiles ils.

A passagem, a 23 de outubro de 1953, do centenário de nascimento de João Capistrano de Abreu, determinou a realização, em diversas cidades do Brasil, de homenagens ao grande historiador, dentre as quais a posterior publicação, resolvida em lei, de sua volumosa *Correspondência*, em grande parte ainda inédita.

Os dois grossos tomos com que se iniciou a divulgação, no Brasil, das cartas capistraneanas, contêm inumeráveis elementos úteis ao melhor conhecimento de sua biobibliografia, como da própria História do Brasil, dos seus primórdios à fase de que foi contemporâneo o autor dos primorosos *Capítulos de História Colonial.* Constituem, assim, contribuição doravante indispensável ao melhor conhecimento de sua vida e obra, como do largo período de que participou da vida intelectual brasileira, de 1871-1874, quando regressou de Pernambuco ao Ceará, e de 1875 a 1927, quando viveu no Rio de Janeiro, embora freqüentes vêzes viajando pelo Sul e Centro do país, sem nunca ir ao estrangeiro.

Em tôda a sua existência, apesar das singularidades de seu procedimento, soube Capistrano conquistar muitas e sólidas amizades, dentre as quais as de vultos dos mais representativos do Brasil, inclusive estrangeiros interessados no desenvolvimento científico do país. Gostando de escrever cartas, mas não tendo guardado convenientemente as que recebia, grande é a sua correspondência ativa, mas limitada a passiva, que ainda possa ser encontrada. Apenas parte daquela, coligida em vários arquivos públicos, de instituições e particulares, é a publicada pelo Instituto Nacional do Livro, em quase um milheiro de páginas.

No vol. I sobressaem as dirigidas aos amigos de infância Domingos Jaguaribe e Barão de Studart, êste também historiador e da mesma província de Capistrano, o Ceará; aos amigos diplomatas e eventualmente ministros de Estado, Barão do Rio Branco, Pandiá Calógeras (ambos também historiadores), Domício da Gama e Assis Brasil; aos ex-alunos Paulo José Pires Brandão e Affonso d'Escragnolle Taunay (felizmente ainda vivo); ao crítico José Veríssimo, ao engenheiro Arrojado Lisboa, ao escritor Mário de Alencar, ao português Ramos Paz. No capítulo "Diversos", encontram-se poucas cartas a Machado de Assis, Rui Barbosa, Raul Pompéia, Hermann von Ihering e outros. Aparece uma a outro amigo português, Lino de Assunção, cuja correspondência com Capistrano foi publicada, há anos, na revista lisboeta *Ocidente* e, depois, inclusive em volume, por Luís Silveira (*Cartas de Capistrano de Abreu a Lino de Assunção,* Lisboa, 1946).

A maior parte do vol. II (376 páginas) é dedicada à interessantíssima correspondência entre 1916 e 1927 mantida com o historiador português João Lúcio de Azevedo. Seguem-se-lhe cartas a Paulo Prado e ao seu sucessor, em vários empreendimentos e tendências de pesquisador, Rodolfo Garcia.

A História do Brasil, sem prejuízo da Geografia, da Etnografia e de outros temas de sua preocupação, são constantes assuntos do missivista. Se no início de sua carreira as cartas ao Barão do Rio Branco (de 1886-1903) e a Lino de Assunção (nesta *Correspondência* não transcritas) bem o demonstram, continuarão sendo aquêles os motivos das seguintes, ao Barão de Studart (de 1892-1922), como a Calógeras, Garcia e Taunay.

Nas cartas a J. Lúcio de Azevedo ocorre outra circunstância curiosa. Sendo o correspondente antigo comerciante no Pará, que regressara a Lisboa, onde melhor poderia dedicar-se aos estudos históricos luso-brasileiros, não perdera o interêsse pela política e letras do Brasil, motivo pelo qual a êsse respeito encontrou minucioso informante e comentarista em Capistrano. Resultaram daí os numerosos retratos epistolográficos, freqüentemente mordazes e até maledicentes, que se encontram na coleção da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro. Retirado o veneno com que muitas vêzes se apresentam, constituirão depoimentos biográficos de grande valor, atendendo-se à fonte de onde provêm.

Para que se possa avalir a importância do material agora oferecido ao conhecimento do Brasil e de seus homens, basta elaborar uma pequena lista de fatos e de nomes de personalidades sôbre as quais oferece a *Correspondência* dados esclarecedores, nas cartas a João Lúcio como em outras.

Começando pelos grandes temas da História do Brasil, numerosas são as contribuições ali apresentadas quanto ao descobrimento do país, as donatarias, influência dos jesuítas, lutas contra os invasores estrangeiros, entradas e estradas do interior, a Independência, etc.

Sôbre alguns fatos de que foi contemporâneo prestou Capistrano de-

poimentos de valor: a proclamação da República, a sucessão presidencial de Afonso Pena, o assassinato de Pinheiro Machado, as revoltas de 1922 a 1924. Nem se esqueçam, a propósito, os comentários feitos aos suicídios de Raul Pompéia e Orville Derby.

Suas opiniões aí também transparecem, em notas sintéticas, porém esclarecedoras: sôbre o positivismo e o socialismo, contrárias ao municipalismo, ao parlamentarismo e ao presidencialismo.

Quanto a antigas figuras de nossas letras históricas, serão quase sempre dignos de aceitação os julgamentos de Capistrano de Abreu. E' o que acontece com referência a Gandavo, Gabriel Soares de Sousa, frei Vicente do Salvador, Simão de Vasconcelos, Antonil, Rocha Pita, frei Jaboatão, Pedro Taques, frei Gaspar de Madre de Deus, Varnhagen e outros. Quanto ao último, se a admiração do sucessor no primado da historiografia brasileira é indubitável, também são numerosas as restrições e corrigendas aos seus trabalhos aí feitas.

Relativamente aos seus contemporâneos, cresce a severidade das opiniões de Capistrano na confiança do segrêdo epistolar, particularmente quanto aos políticos e historiadores. O retrato de Rui Barbosa, por exemplo, figurará entre os mais bem feitos até hoje aparecidos, pois nêle se casam justiça e rigor no reconhecimento de méritos e defeitos. Floriano Peixoto, Hermes da Fonseca, Nilo Peçanha, Epitácio Pessoa e Artur Bernardes, ex-presidentes da República, na *Correspondência* recebem julgamentos que os futuros historiadores não poderão desprezar. Quanto aos oficiais do mesmo ofício do autor, as correções capistraneanas não poupam nem mesmo os amigos e correspondentes. Além dêstes, numerosos são também os que aí recebem contribuições biográficas muitas vêzes, mas nem sempre, desfavoráveis, tais como Machado de Assis, Euclides da Cunha, Joaquim Nabuco, Nina Rodrigues, Rafael Galanti, Pedro Lessa, Homem de Melo, Vieira Fazenda, Teixeira de Melo, Alfredo de Carvalho, Pereira da Costa, Oliveira Lima, Rocha Pombo, Alberto de Faria, Teodoro Sampaio, Ramiz Galvão, João Ribeiro, Escragnolle Dória, Graça Aranha, Alberto Rangel, Afranio Peixoto, Tobias Monteiro e muitos outros.

Confirmando, portanto, o grande interêsse da *Correspondência de Capistrano de Abreu*, pesa-nos assinalar que em publicação tão importante para a historiografia brasileira foi lamentável a falta de anotações identificadoras e esclarecedoras de pé de página, a fim de que pudesse tornar-se compreensível também aos leitores não muito familiarizados com minúcias da História do Brasil e com as freqüentes alusões pessoais incompletas, nela encontradas. Acresce que a revisão e o índice onomástico também não foram realizados com a necessária precisão.

Helio Vianna.

Faculdade Nacional de Filosofia,
Universidade do Brasil, Rio de Janeiro.

DOCUMENTOS *para la historia de la litografía en México.* Recopilados por Edmundo O'Gorman. Con un estudio por Justino Fernández. México, Imprenta Universitaria, 1955. 114 pp., 1 hoja, láms.

Reunir cuidadosamente los documentos y testimonios relacionados con la historia de las artes gráficas en México es tarea que ha preocupado y sigue, por fortuna, preocupando a los historiadores del país. Elocuente prueba de ello es el libro que vamos a analizar brevemente, en cuya última parte da cuenta Edmundo O'Gorman de cuatro expedientes del Archivo General de la Nación (Ramo de Justicia e Instrucción Pública, 1a. parte. Tomo 5, 2a. a 4a. parte. *Idem*, tomo 6). "El expediente inicial (tomo 5) y más importante, contiene la historia completa, desde el principio, 1825, hasta su fin, del taller litográfico de Claudio Linati. Los otros tres expedientes de la serie (tomo 6) continúan esta historia y documentan el período comprendido entre 1828 y 1831" (p. 69).

Justino Fernández crítico de arte de autoridad reconocida, examina en un preámbulo los trabajos que acerca de la litografía en México dieron a conocer Angel Núñez Ortega (que utilizó las investigaciones del litógrafo Hipólito Salazar), Manuel Toussaint, Francisco Díaz de León, Víctor Ruiz Meza, Mario Mariscal, y el propio autor, y traza la historia de la técnica empleada primeramente en México en 1790 por Luis Senefelder (1771-1834) en dos capítulos (I. Establecimiento de la litografía en México, y II. Establecimiento de la enseñanza de la litografía en la Academia de San Carlos).

Ya hemos mencionado el nombre del introductor en México de la litografía. Claudio Linati de Prevost era oriundo de Pavía (Italia), estudió pintura en París, y allí conoció a David, quien influyó decisivamente en su formación neoclásica; peleó más tarde en el ejército napoleónico, y hecho prisionero en Hungría, marchó, al firmarse la paz, a España, donde contrajo matrimonio y le nació su hijo Felipe. De regreso en su patria, se dejó arrastrar por la pasión política, y tuvo que buscar refugio, primero en Francia, y en Bruselas luego, donde conoció al comediógrafo Eduardo de Gorostiza, encargado a la sazón de los negocios de México en Bélgica.

En 1825 solicitaron Linati y su socio y compatriota Gaspar Franchini del Gobierno de México autorización para trasladarse a este país con objeto de establecer una litografía, siempre que se les concediese las asistencias económicas necesarias; obligábanse, en justa correspondencia, a enseñar su arte a los jóvenes que así lo deseasen. Aceptada la propuesta, ambos artistas llegaron a la capital de la República con la maquinaria precisa; pero ciertas dificultades administrativas retrasaron el empeño, y sólo el 4 de febrero de 1826 pudo ver el público la primera muestra de la habilidad de Linati, pues su compañero había para entonces fallecido: la litografía a colores de un figurín de modas, contenida en el primer número del periódico *El Iris*.

"Podemos asegurar —escribe Fernández— que la primera litografía de un artista mexicano es la imagen de *Hidalgo,* ejecutada por José Gracida, oaxaqueño, discípulo de Linati" *(El Iris,* núm. 34, 12 de julio de 1826), como lo era también Ignacio Serrano, a quien en 13 de octubre de 1830 se nombró profesor de la especialidad que nos ocupa en la Academia de San Carlos.

Los *Documentos para la historia de la Litografía en México* constituyen valiosísima aportación al estudio de un aspecto de la historia del arte, que, característico del siglo XIX, "siguió su propio desarrollo en nuestro país, y constituye una producción de positivo interés que aún requiere un amplio y cuidadoso estudio, tanto como la de nuestro tiempo" (p. 66).

El 27 de mayo de 1826 salió Linati de México, y tras de rápida estancia en Nueva York, pasó a Amberes y de aquí a Bruselas, donde residió hasta 1829 y compuso el libro *Costumes civiles, militaires y religieuses du Mexique,* con 48 preciosas litografías a colores y una en negro. Tras de diversos incidentes políticos embarcó en 1832 rumbo a Tampico, donde falleció, en plena madurez, el 11 de diciembre del mismo año.

Para poner término a esta reseña, permítasenos observar que en la relación de los trabajos sobre el arte litográfico en México echamos de menos el estudio de A. Barrera Vásquez, "La introducción de la litografía en Mérida", que vio la luz en el *Boletín de Bibliografía Yucateca,* núm. 14 (15 de septiembre de 1941), pp. 2-3. El primer ensayo fue ejecutado en la capital de Yucatán en 1846 por Santiago Bolio Quijano; el segundo en 1850 por Gabriel V. Gahona, y el tercero y definitivo en 1861 por José Dolores Espinosa y Rendón.

Nada nos dice el docto autor del libro que analizamos, de la litoggrafía en el resto del continente americano, ni del lugar que a México corresponde cronológicamente en el ejercicio del nuevo arte. Por lo que pudiera valer, transcribimos a continuación la noticia que aparece en el tomo II, núm. 4 (julio de 1828), p. 154, del *Memorial de Ciencias Naturales,* que vio la luz en Lima bajo la dirección de don Mariano Rivero y de don Nicolás Piérola (Véase el notable artículo de Arturo Alcalde Mongrut). "El 'Memorial de Ciencias Naturales', Lima, 1827-1828. Contribución a la bibliografía de Mariano E. de Rivero y Ustáriz", en *Boletín Bibliográfico publicado por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos,* año XXVII, núms. 1-4 (diciembre de 1954), pp. 83-149: "A fines del año que acaba de espirar, se ha establecido en esta Capital un taller litográfico por D. J. C. Correa. Los que conocen la inmensa aplicación de este descubrimiento a las artes de todo género, a la literatura, en una palabra, la revolución que ha causado en Europa, casi semejante a la del sublime arte de la tipografía, no pueden menos que congratularse de semejante adquisición. Por los progresos del País, por su honor, y para satisfacción de los que se interesan en él,

hacemos al público este anuncio, reservándonos para otro número detallar la historia de este invento, las aplicaciones de que es susceptible, y los diferentes métodos que se emplean".

Agustín Millares Carlo.

Facultad de Filosofía y Letras.
Universidad Nacional Autónoma de México.

ENCYCLOPÉDIE *de l'Amérique latine, politique, économique, culturelle.* Préface d'Edouard Bonnefous, Paris, Presses Universitaires de France, 1954. 628 pp.

Il n'est pas hors de propos, pour apprécier la signification de l'ouvrage dont nous rendons compte, de souligner la faveur dont jouissent aujourd'hui en France les études sur l'Amérique Latine. Ce n'est pas là un phénomene entièrement nouveau: pour nous en tenir à une époque récente, dès avant la dernière guerre, le "Journal de la Société des Américanistes de Paris", et toute une équipe de chercheurs, les P. Rivet, J. Soustelle, H. Lehmann, R. Ricard, P. Deffontaines, M. Sorre, P. Denis et bien d'autres ont fourni d'importantes contributions à la connaissance de l'Amérique précolombienne et coloniale, et à la géographie du Nouveau Continent. Mais le mouvement actuel frappe par son ampleur et son dynamisme: il attire de plus en plus de jeunes chercheurs et ses manifestations sont multiples. C'est ainsi que la plus vivante des revues françaises d'histoire, "Annales. Economies. Sociétés. Civilisations", publie régulièrement des articles sur l'Amérique latine et lui a même consacré un numéro spécial (1948, n. 3). A Bordeaux, centre particulièrement actif, paraissent deux revues: le "Bulletin Hispanique", qui fait à l'histoire générale sa place auprès des questions littéraires et linguistiques (Cf. les importants articles de M. Bataillon), et les "Cahiers d'Outre-Mer", qui se sont spécialisés dans les recherches géographiques. Ont paru aussi des ouvrages plus ambitieux, comme les grandes thèses universitaires de F. Chevalier (La Formation des grands domaines au Mexique. 1952), de Ch. A. Julien (Les Français en Amérique. 1946), de P. Monbeig (Pionniers et planteurs de Sao Paulo. 1952), de G. Debien (Les colons de Saint-Domingue et la Révolution. 1953), tandis que P. Rivet poursuit la publication de sa monumentale "Bibliographie des langues Aymara et Quechua", et qu'ont été réédités des ouvrages anciens (Thevet, Gonneville, Raynal). D'autres livres s'adressent à un public plus large: "breviarios" des collections de vulgarisation "Que sais-je?" et A. Colin (une dizaine de volumes en quelques années), traductions d'oeuvres littéraires latinoaméricaines dans la collection "La Croix du Sud" qui leur est exclusivement consacrée, albums sur l'art maya, az-

tèque et inca, récits de voyages. L'article recent de J. Leddy Phelan (Hispanic American Historical Review. 1953. n. 2) donne la liste de ces publications, mais elle s'est encore enrichie depuis cette date, et de nombreux travailleurs sont à l'ouvrage dans les archives d'Espagne et des Républiques latinoaméricaines.

Le mouvement de recherches scientifiques témoigne donc de l'intérêt croissant d'un public étendu; on peut noter aussi que le nombre des élèves étudiant l'espagnol dans les lycées français est sept fois plus éléve qu'il y a vingt ans. Parallèlement, de nombreuses institutions se sont créées: pour nous limiter au domaine scientifique, signalons seulement les Instituts de Mexico, Lima, Buenos-Aires, Santiago du Chili et Port-au-Prince; enfin, l'antique et prestigieuse Sorbone s'est enrichie récemment d'un Institut des Hautes Etudes d'Amérique Latine, dont le propos est d'étudier la vie latinoaméricaine sous tous ses aspects.

La publication d'une Encyclopédie de l'Amérique latine vient donc à son heure et répond à un véritable besoin du public français. Ce gros volume présente, sous une forme commode, toutes les informations indispensables à qui veut se faire une idée générale de la vie politique, économique et culturelle des pays ibéroaméricains. Sa rédaction a été confiée a une brillant équipe de spécialistes, sous la direction d'E. Bonnefous.

L'ouvrage est divise en deux grandes sections: la première, sous le titre "Les Caractères généraux de l'Amérique latine", étudie les données géographiques, biologiques et humaines, les grandes civilisations précolombiennes, l'évolution historique d'ensemble, de la conquête a l'Indépendance ainsi que les grandes lignes des politiques extérieure et intérieure des diverses Républiques. Des chapitres spéciaux analysent les structures politiques et sociales contemporaines, le mouvement de la production et des échanges économiques, et enfin la vie culturelle, litérature, arts, sciences, médecine. Deux annexes particulièrement utiles présentent des tableaux statistiques d'ensemble et la liste des organismes assurant la liaison entre l'Amérique latine et la France. Les problèms les plus importants et les plus originaux font l'objet d'analyses ou d'exposés plus développés: ainsi, les civilisations préhispaniques du Mexique et du Pérou, les constitutions argentine, brésilienne, mexicaine et uruguayenne, la littérature brésilienne.

La deuxième section comprend l'étude détaillée de chaque pays, en tenant compte de ses conditions naturelles, de son passé historique, de son originalité politique et culturelle, de son développement et de ses possibilités économiques; chaque article est suivi d'une chronologie, d'une bibliographie à jour, et de tableaux statistiques. Une énorme documentation est ainsi réunie sous une forme très maniable, pour le plus grand profit du chercheur ou du simple curieux.

Il est bien évident qu'un ouvrage de ce genre ne peut faire à l'histoire —qui nous intéresse ici au premier chef—, que sa juste place, même si le passé, un passé souvent dramatique, pèse encore aujourd'hui d'un poids très lourd sur le destin des nations latinoaméricaines. Le tableau de l'évolution coloniale est forcément une synthèse rapide, où l'accent est mis sur les caracterès communs à tout l'Empire espagnol plutôt que sur les diversités régionales. Mais il se fonde sur une documentation très solide, et on ne peut lui reprocher ni erreurs graves ni jugements précipités. Peut être aurait-il été nécessaire de mieux marquer les grands rythmes chronologiques: à la phase d'expansion territoriale et économique du XVIe siècle, succède une incontestable stagnation au XVIIe ce "siècle oublié" de l'histoire coloniale; du moins l'effort de renouvellement du XVIIIe siècle est-il souligné; les origines et les étapes de l'Indépendance font l'objet d'une analyse détaillé. Un effort particulier a été fait pour ramener à quelques grandes lignes d'évolution, l'histoire intérieure souvent troublée des nouvelles Républiques aux XIXe et XXe siècles. Ce tableau d'histoire surtout politique trouve un complément indispensable dans les chapitres sur l'économie, la société et les civilisations, où les origines historiques ne sont pas négligées.

Nous retrouvons des exposés historiques dans les études consacrées à chaque pays: ils sont naturellement assez brefs, et limités le plus souvent aux événements politiques, mais utiles.

Un travail collectif de ce genre —29 collaborateurs y ont participé— est forcément inégal: on voudrait davantage de certaines études, mais, du moins, aucune ne tombe dans la médiocrité, et certaines sont de très grande valeur. Ainsi celles concernant l'Argentine, le Brésil (avec une importante bibliographie raisonnée), le Pérou (nous les signalons sans prétendre établir un palmarès!). Le Mexique est spécialement bien partagé: les articles de MM. J. Soustelle et F. Chevalier, par l'étendue et la sûreté de l'information, la vigueur de la synthèse et du sytle, comptent parmi les plus réussies du volume.

Nos critiques seront brèves: les quelques coquilles concernant des noms propres et des toponymes étaient presque inévitables. Il est plus grave que l'ouvrage ne comporte que deux cartes (Mexique, Amérique Centrale, Antilles; Amérique du Sud); il eut été, nous semble-t-il, indispensable de donner des cartes plus détaillées de chaque pays; ceux qui utiliseront ce livre —et ils seront nombreux—, en auraient été reconnaissants aux éditeurs.

Notons enfin, pour nous en féliciter, l'absence de préjugés qui règne tout au long de ces pages: les questions les plus brûlantes, conquête espagnole, contacts et conflits entre Européens et Indigènes, épisodes souvent douloureux des guerres et des révolutions, sont traités avec sérénité;

l'ouvrage tout entier est animé envers l'Amérique latine d'un esprit de sympathie qui n'exclut pas la lucidité.

Jean-Pierre Berthe.

Institut Français d'Amérique Latine,
México, D. F.

FORD, THOMAS R., *Man and land in Peru,* Gainesville, Fla., University of Florida Press, 1955, 176 p.

El A. es originario de Louisiana y actualmente profesor de Sociología en la Universidad de Alabama. Hizo un viaje de estudio al Perú en 1949 y fruto de su labor —realizada mediante una beca "Cordel Hull"— es el libro que paso a reseñar.

Una de las primeras dificultades que experimentan los norteamericanos que desean conocer el Perú es comprender la diferencia absoluta del concepto de propiedad de la tierra y de los métodos de trabajo entre el que prevalece en los Estados Unidos y demás países capitalistas modernos, y el que se observa en los países en donde existen condiciones de vida diversas y algunas formas de ellas muy atrasadas entre la población aborigen. Ello se origina en que tienen una densa población indígena que vivió en comunidades a la llegada de los españoles, en que tuvieron un sistema de propiedad y de explotación agrícola diferentes del europeo y, que como el Perú, ofrecen al investigador y al estudioso un terrible problema de comprensión.

Fue este problema el que se propuso estudiar el Dr. Ford y lo ha realizado con gran éxito. El libro sólo consta de siete capítulos, pero desde las primeras páginas puede uno darse cuenta de que el A. realizó su cometido con una excelente preparación preliminar; libre de prejuicios y valientemente se adentró en el problema fundamental para la vida y el porvenir del Perú. Esta diferencia de sistemas en el cultivo y en la propiedad de la tierra, como el Dr. Ford lo señala muy acertadamente hace que "el Perú no sea una sino muchas tierras" y las culturas que en él coexisten abarcan diez mil años de historia humana. Y esto, en la era actual del maquinismo, es sumamente serio, pues mientras unos países adelantan como 1.000 en diez años, los otros adelantan como 1 en el mismo lapso, y de día en día el atraso se constata a cada momento y se ahonda más y más.

En eso reside el problema capital, no sólo del Perú sino de muchos de los países del continente americano que tienen un fuerte porcentaje de población indígena que conservan sus métodos seculares de cultivo, mientras a su lado, en las ciudades, la vida moderna se presenta con todos sus

adelantos y comodidades. Por eso el A. señala "es algo difícil, por lo menos al norteamericano —pensar en el Perú como en una nación moderna".— Y esto no podemos considerarlo como desdén sino como el reconocimiento de la realidad, pues de sobra sobemos que al lado del peruano culto, que ha viajado y vive muchas veces, sin ser muy rico, mejor que muchos de los actuales millonarios norteamericanos, está el indio emplumado de la selva, que vive en una choza misérrima, que para alimentarse utiliza sólo la caza y la pesca primitivas, adora al Sol y no conoce ninguno de los beneficios de la civilización, o bien el indígena "civilizado" de la sierra que habita en su mugrienta habitación con el perro, los cuyes, su mujer, y sus hijos, hablando quechua o aimara y masticando coca. Y es este contraste el que hace del Perú y demás países con población indígena no absorbida, países atrasados que no pueden seguir aún el ritmo que la civilización moderna ya ha logrado en otros climas, perpetuando un estado de cosas que está muy lejos de contribuir al bienestar general del país.

Los títulos de los capítulos del libro son por demás sugestivos: La tierra y la gente. —La evolución del hombre y los sistemas de relación de las tierras en el Perú. —Patrones comunes de distribución de la tierra. —Sistemas de propiedad. —El indio en el esquema agrario peruano. —Medidas de reforma. —La escena cambiante.

Es este un libro únicamente de exposición. El A. nada sugiere. Sólo observa; pero ha observado profunda y acuciosamente.

Una de sus primeras observaciones en el Perú es comprobar la escasez de tierras cultivables. Para quienes conocen el Perú y han visto el inmenso desierto costero, sus inhóspitas montañas y palpado la insalubridad y vegetación cancerosa de la selva, esto no es ninguna novedad, pero es, tal vez, el problema más urgente por encarar. Aplaude las escasas obras de irrigación que algunos gobiernos peruanos han emprendido a fin de subsanar esta escasez. Señala la primera irrigación hecha en las Pampas del Imperial, en Cañete, realizada por el Presidente Leguía (en 1923) y dice que en el siguiente cuarto de siglo se han irrigado unas 80.000 hectáreas y que el actual gobierno del general Odría tiene planes para irrigar más de millón y medio de acres, con un valor de 781.500,000 de soles. Lo que el A. posiblemente ignoró, pues nadie tuvo el valor de decírselo, fue que el mismo Presidente Leguía inició la irrigación de las Pampas de Olmos en el departamento de Lambayeque, y que de haber sido concluída habría proporcionado al Perú la mitad más de tierras cultivables de lo que por entonces tenía el Perú. Pero este proyecto que se ajustaba a una admirable previsión de quienes lo idearon a fin de que los habitantes del Perú no sufriesen escaceses en los siguientes cincuenta años fué desgraciadamente abandonado.

Quienes dirigen la economía peruana deberían leer este libro que presenta con absoluta imparcialidad y objetivamente el estado actual de

los métodos agrícolas y de la explotación de la tierra y meditar un poco en el porvenir y en la herencia que dejarán a las generaciones venideras.

Por las notas que acompañan al texto puede uno darse cuenta de la magnífica bibliografía que ayudó al Dr. Ford en su estudio que ofrece la oportunidad a los políticos peruanos de hacer una meditación y pensar seria y desinteresadamente en el porvenir del país.

Emilia Romero

García Granados, Rafael, *Diccionario biográfico de historia antigua de Méjico,* Méjico, Instituto de Historia, 1952-1953, 3 t. (xvi, 599, 524 y 455 pp.), 24.5 cms.

Obra de grande aliento, de muchos años de trabajo y de numerosos colaboradores, que honra al Instituto de Historia de la Universidad Nacional, a la Editorial Jus y, especialmente, al iniciador y director de ella, don Rafael García Granados.

De la interesante historia de su preparación nos informa el Prólogo, revelando los laboriosos pormenores del proceso de la composición y la gran cantidad de material compilado y estudiado (21,000 tarjetas).

El Diccionario se compone de dos partes y de índices.

La Primera parte comprende los personajes prehispánicos. La Segunda, los indios cristianos de los siglos XVI y XVII. Quedan excluidos los de la región maya e incluidos los de Nuevo México.

Los nombres de los personajes están ordenados según "la (ortografía) que aparece con más frecuencia", aunque no sea la más correcta; pero en el Indice Onomástico se recogen todas las formas ortográficas encontradas de cada nombre.

Hay cuatro Indices: Bibliográfico, que comprende Manuscritos e Impresos, Indice de Jeroglíficos, Indice Onomástico e Indice Toponímico. Añádese una sección intitulada "Algunas Dinastías según las Fuentes", en las que se ponen las de los Señores de Acolman, Amula, Coatlichan, Cuauhtinchan, Cuauhtitlan, Cuernavaca, Culhuacan, Chalco, Itztlacoçauhcan, Tlailotlaccan, Tzacualtitlan Tenanco Chiconcohuac, Atlauhtlan Tzacualtitlan Tenanco, Tecuanipan, Panohuayan, Opochhuacan Tlacochcalco, Itzahuacan Tlacochcalco, Acxotlan, Cihuateopan, Chimalhuacan Atenco, Ecatepec, Huexotla, Huexotxinco, Ixtapalapa, Michoacán (Michoacán, Naranjan, Uayameo, Pátzcuaro, Cuyacan o Iguatzio, Tzintzuntzan, Araró, San Juan Carapan, Cumachén, Perezaripetio, Xarácuaro, Zacapo), Oztotícpac, Tenayuca y Texcoco, Tenochtitlan, Tepeaca, Tlatelolco, Tlaxcala (Tepetícpac, Ocotelolco, Teotlalpan Tizatlan, Quia-

huiztlan), Xochimilco, Toltitlan, Totonacapan, Tula, Xaltocan, Xilotepéc.

De cada personaje, prehispánico o cristiano, se dan los datos que traen las diversas fuentes —códices, manuscritos, impresos—, o, por lo menos, las citas correspondientes para encontrarlos en ellas. Pero de ninguno se hace la biografía ni se resuelven sus problemas biográficos. No es, por consiguiente, esta obra un diccionario biográfico —como lo reconoce su ilustrado director. Y hubiera sido más acertado llamarla *v.g.* "Fuentes Biográficas de la Historia Antigua de México".

Mucho hubiera ganado la obra con la inclusión de la región maya, como lo exigía su título de "Diccionario Biográfico de la Historia Antigua de México".

Todas las diferentes grafías del nombre de un personaje debían tener cabida —como acertadamente la tuvieron— en el Indice Onomástico; pero sin duda merecía la preferencia la más correcta en el encabezado de cada artículo biográfico.

Por último, la v de los escritos antiguos tarascos —por ejemplo, en *Vayámeo*— debe transcribirse por *u*, conforme a la fonética tarasca, para que se pronuncie correctamente *Uayámeo*, etc.[1]

José Bravo Ugarte.

García Ruiz, Alfonso, *Ideario de Hidalgo*, Prólogo del Lic. José Angel Ceniceros, México (Secretaría de Educación Pública, Instituto de Antropología e Historia. Museo Nacional de Historia, 1955, 133 pp., 23.5 cms., ils.).

Obra bien caracterizada por el Lic. Ceniceros, quien dice de ella que se distingue "por su bien definida orientación política, sin excesos de parcialidad sectaria; su seriedad de investigación sistemática y clara, que aprovecha las mejores fuentes de información y logra presentar un conjunto de datos e interpretaciones en forma coherente y persuasiva; su estilo sobrio y limpio y, sobre todo, por la certera elección de los aspectos más trascendentes de la figura heroica y más adecuados para servir de lección ejemplar con tendencia educativa".

El estudio es integral, comprendiendo los ideales políticos, los socia-

[1] El "*Catecismo Pequeño en idioma español y tarasco - Hurgendgua Zapichu uhandacua tzmicha ca huchanapo himbo*". Traducción de S. O. R. Presbo., Querétaro, Lib. e Imp. del Sagrado Corazón, 1938, trae "Algunas Reglas para facilitar la pronunciación y escritura del idioma tarasco", y dice al propósito, p. 31: "Si en escritos antiguos se encuentra la *v* consonante, es nada más en figura, pues en sonido y valor es la *u* vocal".

les y los económicos, la Religión, el Estado, el Individuo y la Moralidad. En los ideales políticos se estudian las ideas de Hidalgo sobre "patria e independencia, libertad y democracia, organización política y ciudadanía, y unión nacional". Y en los sociales, "la idea de la revolución social, la igualdad, la liberación de los esclavos, la abolición de los tributos, la restitución de tierras a los indios, la propiedad, el orden público y la seguridad, la familia y la educación".

El capítulo inicial sobre "la formación cultural de Hidalgo" da a conocer la recta orientación que dio el A. a su investigación. "Dos notas —dícenos— parecen esenciales en la formación cultural de Hidalgo: por una parte, su educación religiosa y humanista; por la otra, la influencia que recibió de las corrientes del pensamiento moderno. Es realmente infundado juzgar a Hidalgo como un jacobino, sin tener en cuenta que ésa no fue su formación primera, ni la fundamental".

Y con ese buen criterio desarrolla el autor su importante estudio, el mejor —en cuanto sabemos— sobre la materia, así por su extensión y profundidad, como por lo serio y bien documentado.

Menos acertada nos parece su exposición sobre la evolución de la idea religiosa en Hidalgo, hasta llegar a un divorcio entre sus nuevas ideas y sus antiguas creencias, porque Hidalgo sólo por razones políticas fue condenado por hereje, y su ilustración fue, en el fondo, muy parecida a la de los jesuitas que el autor llama ilustrados y a la de la Neo-Escolástica, que enriquece su viejo patrimonio con lo sólido del progreso de las Ciencias, según su bello lema: *Vetera novis augere.*

José Bravo Ugarte.

GIRALDO JARAMILLO, GABRIEL, *Bibliografía de bibliografías colombianas,* Bogotá, Editorial Pax, 1954, 192 p., ils. (Publicación de la Biblioteca Nacional).

Como hemos escrito en otra ocasión, las bibliografías de bibliografías "constituyen la forma más amplia que puede revestir un trabajo bibliográfico, y tienen por objeto registrar y analizar todos los repertorios existentes, universales, nacionales, especiales, o sea referentes a un asunto, a una época, a un autor, etc.; pero, por lo común estos 'repertorios de repertorios' incluyen asimismo los tratados, monografías, etc., cuando contienen referencias bibliográficas serias o abundantes, así como otros instrumentos adecuados para la investigación (biografías, enciclopedias, historias literarias, antologías, etc.) 'Las bibliografías de bibliografías —escribe Javier Lasso de la Vega y Jiménez-Placer en su precioso libro *Cómo utilizar*

una biblioteca (Madrid, 1935), p. 57— son el tronco común y punto de partida de la información bibliográfica. Sus fines son señalarnos si existen alguna o algunas bibliografías sobre la materia o rama de la ciencia a que pertenece el estudio o la lectura que nos proponemos realizar' ".[1]

No es del caso referirnos aquí al origen de esta clase de estudios, ni a los repertorios generales (J. Minto, 1929; G. Schneider, 1930; L. Shores, 1939; Th. Bestermann, 1939--1940; L.-N. Malclès, 1950; C. M. Winchell, 1951; cfr. J. Bea, *ed., Bibliographical index. Acumulative bibliography of bibliographies* [New York, H. W. Wilson, 1952]; ni a ciertas publicaciones que son eficaces auxiliares en la investigación bibliográfica, como la titulada *Library Literature,* 1933 —*(An author and suject Index-digest to current books, pamphlets and periodical literature relating to the library profession.* Edited by Marian Shaw, New York, H. W. Wilson Company, 1936)—, ni tampoco a las relativas a países europeos, algunas excelentes; pero sí indicar de pasada las que han hecho el intento de inventariar las bibliografías de Argentina (Narciso Binayán), Brasil (Antonio Simões dos Reis), Cuba (Fermín Peraza Sarausa), Chile (Ramón A. Laval y Herminia Elguera de Ochsenius), Honduras (J. Fidel Durón), México (A. Millares Carlo y J. I. Mantecón), Paraguay (Narciso Binayán), República Dominicana (Luis Florén Lozano) y Venezuela (Manuel Segundo Sánchez), sin contar una obra de carácter general, *A bibliography of Latin American bibliography,* de C. K. Jones, 2a. ed., Washington, 1942.

A esta serie, que ya constituye un importantísimo acervo, viene a sumarse la *Bibliografía de bibliografías colombianas* del señor Giraldo Jaramillo, a la cual califica don Guillermo Hernández de Alba, director de la Biblioteca Nacional de Bogotá, "de la más valiosa fuente de información bibliográfica nacional emprendida hasta ahora entre nosotros". El sumario de esta obra comprende capítulos que tratan de "La bibliografía en Colombia", "Bibliografías generales", "Catálogos de bibliotecas y librerías", "Bibliografías por materias", "Bibliografías personales" y "Apéndice", que además de un Suplemento, incluye una "Bibliografía selecta de Historias de las Literaturas Colombianas".

En esos capítulos el autor presenta ordenadamente un conjunto de datos utilísimos y que serán en lo sucesivo de obligada consulta para los que investiguen sobre temas y problemas de la nación colombiana. Especial interés ofrece el capítulo primero, en el que constan la definición de la ciencia bibliográfica, una breve historia de la misma y algunas consideraciones acerca de los orígenes españoles, para reseñar luego, sabia y certeramente, la contribución de los eruditos colombianos al progreso de los estudios bibliográficos.

[1] "La bibliografía y las bibliografías", en *Cuadernos Americanos,* México, año XIV, 1, enero-febrero de 1955, p. 187.

A propósito de la *Bibliotheca Americana* del erudito quiteño don Antonio Alcedo y Bejarano, conservada en la colección Rich de la Biblioteca Pública de Nueva York, hubiera sido oportuno mencionar el artículo en que José de Onís ha trazado cuidadosamente la historia de este manuscrito de 936 p. ("Alcedo's *Bibliotheca Americana*", en *The Hispanic American Historical Review*, XXXI, 3 (august, 1951), pp. 530-541). En relación con el conocido *Manual del Librero* de Palau ("la más completa de las obras bibliográficas publicadas en España") es extraño no ver advertido que está en curso de publicación una edición nueva, iniciada en 1948, que alcanza ya, que sepamos, al tomo VII (Barcelona, 1953, A-L), y que anula, en realidad, a la anterior. La obra del librero madrileño Francisco Beltrán, cuya espléndida colección bibliográfica, en ella catalogada, se conserva actualmente en la Biblioteca Municipal de Madrid, es sumamente útil por sus datos, aunque dista mucho de ser la Bibliografía de bibliografías que en España se echa de menos (Digamos, entre paréntesis, que el ilustre historiador Pedor Sáinz Rodríguez, ex profesor de la Universidad de Madrid, y residente en la actualidad en Lisboa, ha reunido en número muy considerable, los materiales para una obra bibliográfica de grandes alientos). En la rúbrica que el señor Giraldo Jaramillo consagra a la "Historia eclesiástica" vemos citado abreviadamente el título de la clásica *Bibliotheca Missionum* de Streit-Didinger, obra que consta, no de diez, sino de once volúmenes, y que acaso, como alguna otra, debió figurar en la sección de Bibliografías generales.

Viniendo ya a la parte propiamente colombiana, haremos al libro que nos ocupa algunas observaciones de detalle, limitadas al capítulo dedicado a la imprenta. En primer lugar creemos que hay que descartar el artículo de Juan C. García, "Los incunables de la Biblioteca Nacional", por referirse, no al arte tipográfico en Colombia, sino a los incunables europeos conservados en la mencionada biblioteca. El estudio de Pedro M. Ibáñez, "La imprenta en Bogotá desde sus orígenes hasta 1810", se publicó también en *La Gaceta Municipal de Guayaquil*, de 13 de agosto-1º de octubre de 1898. Concierne asimismo a la historia de la imprenta la *Biblioteca* del ex coronel Anselmo Pineda, que se cita en las pp. 21 y 70, sin que en el índice de nombres conste más referencia que la primera. En la sección que nos ocupa debió hacerse referencia al trabajo, citado en la pág. 41, de Aníbal Currea, del cual se omite el artículo "En el bicentenario 1737-1937 de la Imprenta de Santa Fe", en *Registro Municipal* (Bogotá), núms. 115-116, 31 de octubre de 1937. Tampoco se mencionan los de O. Quelle, "Das Geistesleben Neugranadas vor und zu Beginn der Unabhängigkeizeit", en *Ibero-Amerikanisches Archiv* (Berlín), Jahrgang XII, Juli, 1938, Heft 2, con noticias acerca de la introducción de la imprenta en Bogotá, las primeras publicaciones, los círculos literarios, las figuras de Mutis y Caldas, y la literatura y el teatro neogranadinos, y C. Pardo

Umaña, "La imprenta en Santa Fe. Primeros impresos", en *Hojas de Cultura Popular Colombiana* (Bogotá), núm. 42 (1954), pp. 12-14, por más que este último trabajo, dada la fecha de su publicación, no debió de llegar a tiempo a conocimiento del autor. Por la importancia del hallazgo que en él se contiene creemos que era obligado no pasar por alto el artículo del erudito bibliógrafo ecuatoriano don Carlos M. Larrea, "Más incunables americanos y otros seis impresos de Lima desconocidos hasta ahora", que vió la luz en el *Boletín de la Academia Nacional de Historia* (Quito), XXVII (julio-diciembre de 1947), pp. 297-305, y en el que se dio a conocer por vez primera la *Novena de Nuestra Señora de Loreto* (Bogotá, Imprenta de la Compañía de Jesús, 1739), no registrada por Posada ni por Forero.

Agustín Millares Carlo.

Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México.

GONZÁLEZ DEL VALLE, FRANCISCO, *La Habana en 1841*, obra póstuma, ordenada y revisada por Raquel Catalá, La Habana, 1952. 450 pp.

Don Francisco González del Valle, destacado historiador cubano murió el 18 de diciembre de 1942. Durante su vida se hizo notar como uno de los historiadores más eminentes de la hermana república, llegando a ocupar el cargo de Vicepresidente de la "Sociedad Cubana de Estudios Históricos Internacionales".

La obra póstuma a la que se había consagrado es, este libro que ahora nos toca reseñar: *La Habana en 1841*, libro presentado, en sus primeros capítulos al Congreso Nacional de Historia. La obra fue encomendada para su terminación a la señorita Raquel Catalá que tuvo a su disposición todos los materiales acumulados por González del Valle.

La obra se inicia con algunos trabajos en homenaje al autor de la obra y, entra directamente en el tema de la pág. 71 en adelante.

González del Valle divide su trabajo en cinco aspectos esenciales de la fisonomía de la ciudad Porteña:

1.—Fisonomía urbana.
2.—La vida oficial.
3.—La vida económica.
4.—La vida intelectual y artística.
5.—La vida social.

Al hojear la obra nos damos cuenta que es verdaderamente exhaustiva. Todos los temas están tratados con un perfecto conocimiento de la biblio-

grafía de la época, habiendo acudido igualmente a todos los periódicos publicados en la primera mitad del siglo XIX, de tal modo que, el que lee esta obra puede no sólo tener una impresión completa de la ciudad sino darse cuenta de la enorme diferencia que, en el transcurso de un siglo, ha hecho tomar a la capital de Cuba un aspecto totalmente diferente.

La obra que dejó es muy completa, desgraciadamente hay dos críticas que se le pueden hacer. La primera de ellas es su mismo carácter exhaustivo que la coloca lejos del gran público, al que seguramente cansará la enorme cantidad de datos mínimos que tiene. Le falta una visión de conjunto y una visión que, especialmente en este caso, debería tender a revivir ante nuestros ojos, la fisonomía de una ciudad hispanoamericana a mediados del siglo XIX.

La segunda crítica es la falta de ilustraciones. Alguien ha dicho que nuestra época es la época de la enseñanza objetiva. Todos los medios modernos (televisión, cine, etc.) tienden a ello. Es verdaderamente una lástima que esta obra que tiende a recrear ante nosotros una vida y una fisonomía citadina desaparecidas, no vaya abundantemente ilustrada con aspectos de la misma ciudad o de los personajes que la habitaron. No faltan litografías, pinturas o acuarelas, que nos puedan dar la imagen de La Habana tal como la vieran las generaciones del período romántico.

Aparte de estas objeciones, sólo nos queda por elogiar la acuciocidad de la obra y el acopio de datos en ella contenidos.

Gonzalo Obregón.

Museo Nacional de Historia,
México, D. F.

GUÍA *de los Archivos de Madrid,* Prólogo del Ilmo. Sr. D. Francisco Sintes Obrador, Madrid, Nuevas Gráficas, S. A., 1952. X, 592 pp. (Dirección General de Archivos y Bibliotecas, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional).

En 1916 vió la luz en Madrid el tomo I (Sección de Archivos, Archivos históricos) de la *Guía histórico-descriptiva de los Archivos. Bibliotecas y Museos Arqueológicos de España).* En él se incluyen noticias del mayor interés sobre el Archivo Histórico Nacional de Madrid, los generales de Simancas y de Indias, el de la Corona de Aragón (Barcelona), los históricos de Valencia, Mallorca y Galicia, y los de las Reales Chancillerías de Valladolid y de Granada. Esta importante tarea no se continuó, y si bien existen monografías, algunas excelentes, sobre los archivos españoles, aún se echa de menos una obra de conjunto. Entre tanto, será recibida

con aplauso la que a los archivos de Madrid ha dedicado la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, en la cual se reúnen, como escribe en el Prólogo el señor Sintes Obrador, a cuyo entusiasmo y desvelos tanto debe la conservación del patrimonio documental español —"todos los conservados en Centros oficiales, más los eclesiásticos y de entidades benéficas y sociedades particulares que se han considerado de interés", aunque con exclusión por motivos justificados, de los nobiliarios y particulares.

En las páginas de esta *Guía* hallará el lector noticias suficientes sobre los fondos conservados en los Archivos madrileños. Señalemos entre los de una más notoria importancia los de la Real Academia Española de la Lengua y Real Academia de la Historia, los Archivos militares, el del Ayuntamiento, el General Militar de Segovia, el Histórico Nacional, el del Instituto Histórico de la Marina, el del Ministerio de Asuntos Exteriores, el de Protocolos, y, entre los parroquiales, el de San Martín y el de San Sebastián (Atocha), a cuya feligresía pertenecieron eminentes literatos como Cervantes, Lope de Vega, Vélez de Guevara, Cañizares, don Ramón de la Cruz, Moratín, Espronceda y otros, cuyas partidas figuran en los Libros de Bautismos o de Defunciones.

Agustín Millares Carlo.

Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México.

GUTIÉRREZ DEL ARROYO, CONSUELO: *La Sección de Universidades del Archivo Histórico Nacional,* Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas. Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional, 1952, 201 p. (Guías de Archivos y Bibliotecas).

Como es bien sabido, los fondos del Archivo Histórico Nacional de Madrid están repartidos en las siguientes Secciones: 1a. Clero secular y regular; 2a. Ordenes Militares; 3a. Estado; 4a. Juros; 5a. Universidades y Colegios; 6a. Sigilografía; 7a. Inquisición; 8a. Consejos Suprimidos; 9a. Códices y Cartularios; 10a. Archivo de Ultramar, y 11a. Diversos.

En 1946, el conocido genealogista José Rújula y Ochoterena, Marqués de Ciadoncha, publicó un Catálogo parcial de la Sección quinta, con el título de *Indice de los Colegios del Mayor de San Ildefonso y Menores de Alcalá;* pero se echaba de menos un registro puntual de esta importante Sección de primer Archivo de España. Ha llevado a término esa tarea, con singular competencia, la funcionaria de dicho Centro doña Consuelo Gutiérrez del Arroyo, que en 1950, y en colaboración con otra diligentísima archivera, Aúrea L. Javierre Mur, dio al público una importante *Guía de la Sección de las Ordenes Militares.*

Los fondos documentales que en el Catálogo de la Sección quinta se reseñan proceden de la Universidad y Colegio de San Antonio de Portaceli, de Sigüenza; del Seminario de Nobles, de Madrid, y de las Facultades de Farmacia y Medicina de la Universidad Central. "La representación que estas instituciones tuvieron en la vida cultural y científica de España desde su fundación hasta nuestros días, el número de personajes de gran relieve histórico que pasaron por ellos y las informaciones genealógicas exigidas a quienes pertenecieron a las mismas, hablan por sí solas del interés de una obra como la presente, dedicada a dar a conocer la documentación y a orientar a los investigadores en su mejor aprovechamiento y estudio". (Cfr. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* [Madrid], LXI, 1 (enero-junio de 1954, p. 318).

Por lo dicho se comprenderá la importancia que desde el punto de vista de la historia de América puede tener la Sección catalogada por la señora Gutiérrez del Arroyo. La publicación de su trabajo es prueba fehaciente del entusiasmo y competencia que la dirección del Archivo Histórico Nacional —hoy en manos de don Luis Sánchez Belda— está poniendo en dar a conocer sus fondos a los especialistas; prueba que se corrobora con la divulgación del Catálogo de los documentos de Indias de la Sección de "Diversos", de que damos cuenta en el presente número de nuestra revista.

Agustín Millares Carlo.

Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México.

HANKE, LEWIS y MANUEL GIMÉNEZ FERNÁNDEZ: *Bartolomé de las Casas. 1474-1566. Bibliografía crítica y cuerpo de materiales para el estudio de su vida, escritos, actuación y polémicas que suscitaron durante cuatro siglos*, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1954, 394 p., 13 láms.

Fray Bartolomé de las Casas viene a ser la piedra de toque para revelar la madurez del historiador que aborda el espinoso tema de la conquista española de América. Piedra de toque, porque valorar con acierto al hombre y su obra, sin sucumbir a la fascinación del personaje ni dejarse envolver por la atmósfera de admiración y de encono que lo circunda, exige cuando menos dos condiciones: lucidez de juicio e información suficiente. Esta última es quizá la más difícil de llenar, dada la enorme cantidad de materiales relativos a Las Casas, acumulados a lo largo de cuatro siglos y dispersos en dos continentes. A proporcionar al estudioso una orien-

tación sobre dichos materiales, viene la obra de Hanke y Giménez Fernández, o como dice el primero en la Introducción de la *Bibliografía*, a "hacer fácilmente asequible la información relativa a todos los documentos de significación que se relacionan con la vida y obra de Las Casas".

El libro es la culminación de 23 años que el Dr. Hanke ha dedicado al estudio de la figura apasionante del Obispo de Chiapas: los primeros, de entusiasmo ante el descubrimiento del paladín de la lucha por la justicia en la conquista de América. "Mi descubrimiento real consistió, nos dice, en saber que Las Casas era sólo uno de los miembros —ciertamente el más acusado y agresivo— de un grupo de españoles que se esforzó por encaminar la conquista de acuerdo con principios ecuánimes y cristianos". Al "descubrimiento" siguió la busca metódica y minuciosa de documentos en archivos de Europa y América, su estudio y crítica meticulosa, y por último el juicio sereno y concluyente. Giménez Fernández no tuvo que descubrir el "grupo de españoles" de que nos habla el Dr. Hanke, y que tan familiar nos resulta en España como en Hispanoamérica. Su punto de partida, más aventajado, le proporciona la claridad de juicio indispensable a la crítica de los materiales de y sobre Las Casas, y su fecunda experiencia en la cátedra de la Universidad de Sevilla le ha provisto de un método crítico riguroso. Los autores, pues, han logrado una obra de calidad excepcional, que constituye un auxiliar inapreciable al estudioso de la obra de España en América, para formarse un juicio documentado sobre la personalidad que ha desatado las polémicas más violentas en los últimos cuatro siglos.

Al entregar al público ese instrumento, forjado en largos años de trabajo ímprobo, anuncia el Dr. Hanke su decisión de poner punto final a sus estudios sobre el P. Las Casas, no por haberse agotado su interés en el tema, sino por considerar que "es siempre posible, y aun probable, que quien trabaja demasiado tiempo en un tema dado, acabe por perder de vista la perspectiva".

En la misma *Introducción* presenta el Dr. Hanke un cuadro sumamente interesante, que muestra cómo concibe el autor la iniciación indigenista de Las Casas. Según él, Fr. Bartolomé, al preparar un sermón para el día de Pentecostés, en Cuba, en el año de 1514, detiene la mirada en el Capítulo XXXIV del Eeclesiástico "Inmolantis ex iniquo...", rumia por días los versículos reveladores, y comprende en toda su magnitud la injusticia que se comete contra los aborígenes del Nuevo Mundo: "La venda cayó de sus ojos, vio al fin lo que en adelante sería la verdad para él, y experimentó una completa mudanza en su vida, como la de Saulo de Tarsos en el camino de Damasco". El cuadro trazado por el autor es de gran belleza plástica, mas no del todo convincente. La transformación del P. Las Casas, que de encomendero llega a ser el más destacado paladín del indigenismo, obedece a un complicado proceso de intereses en pugna,

los de la Iglesia y la Corona contra los de los encomenderos, y a una elaboración ideológica ininterrumpida, depurada a base de experiencias y rectificaciones constantes, que culmina con una última transformación del benemérito dominico, que de defensor de los indios se convierte en el campeón de la libertad "de todas las gentes del mundo". Esta evolución del pensamiento lascasiano dentro del marco de la pugna de intereses económicos encontrados, que ha sido puesta de manifiesto por D. Juan Friede (*R. H. A.*, núm. 34, pp. 339-441), excluye, a nuestro juicio, la súbita revelación de que nos habla el Dr. Hanke.

La *Bibliografía crítica* comprende 849 fichas bibliográficas, escalonadas cronológicamente, desde la transcripción del *Diario* del primer viaje de Colón, realizada por el benemérito dominico, hasta un artículo relativo a Las Casas del propio Dr. Hanke, aparecido en *Cuadernos Americanos* de 1953. Con este ordenamiento se logra proporcionar una idea de las variantes que se han operado en la polémica multisecular en torno al P. Las Casas. Cerca de doscientas referencias fueron tomadas del Archivo General de Indias. Las críticas son juiciosas, ponderadas, y hasta donde es posible, objetivas, con transcripciones de la parte medular de las obras. Algunos títulos son fuertemente sugestivos, como "Pancho Villa y Las Casas", en que se transcribe una anécdota que relata D. Toribio Esquivel Obregón en su agresivo opúsculo "Hernán Cortés y el Derecho Internacional".

Al citar algunos artículos de la revista *Cuadernos Americanos* (fichas 781, 846 y 849) se indica el año, mas no el número donde se encuentran.

A través de ésta al parecer su última obra sobre Las Casas, Hanke nos proporciona buena lección, la de que la mayor parte de los juicios emitidos sobre el Obispo de Chiapas se han apoyado en una información incompleta de las ideas y de la obra del Padre de los Indios. Lección de modestia y de honestidad que recogemos con gratitud.

Luis Fernando Amaya C.

Escuela Normal Superior,
México, D. F.

ILUSTRE *Colegio Notarial de Madrid. La vida privada española en el protocolo notarial. Selección de documentos de los siglos XVI, XVII y XVIII del Archivo Notarial de Madrid, publicada con ocasión del II Congreso Internacional del Notariado Latino.* Con un estudio preliminar de don Agustín G. de Amezúa y Mayo, Madrid, Oficina Tipográfica de Aldúa, S. A., 1950, XLI, 442 p., 1 hoja.

Tiempo hace que el A. de la presente reseña prepara una bibliografía razonada y crítica acerca de los archivos notariales o de protocolos

de España y de Hispanoamérica, en la cual figurarán, distribuidas de modo análogo al adoptado en sus *Notas bibliográficas acerca de Archivos Municipales* (Madrid, 1952) —cuya tercera edición está para salir al público—, las monografías descriptivas, catálogos, etc., de que los indicados repositorios hayan sido objeto.

Para nadie es un secreto que los archivos de la fe pública tienen excepcional valor, no sólo para el estudio de las instituciones jurídicas, sino desde el punto de vista de la historia del arte, de la imprenta, de la literatura, etc. Bastará de momento con remitir a la Introducción al tomo I del *Indice y extractos de los libros de Protocolos del Archivo de Notarías de México, D. F.*, que en 1945 publicamos en colaboración con José Ignacio Mantecón, en la cual dejamos anotadas algunas noticias bibliográficas fundamentales.

El ilustre Colegio Notarial de Madrid, con la obra cuyo título precede a estas líneas, ha hecho una contribución importantísima al acervo de la cultura española durante tres centurias (XVI, XVII y XVIII). En seis secciones se distribuye el contenido de este volumen, sumamente recomendable, además, por su presentación, a saber: I. Cualidad jurídica del individuo. II. El matrimonio. III La Casa. IV. El patrimonio. V. El trabajo y el tráfico. VI. La muerte y la paz. Todo es interesante, desde un punto de vista o de otro, en este conjunto de 168 documentos, publicados con técnica irreprochable. Señalemos algunos: Poder de Calderón de la Barca para la información de su limpieza de sangre (27 de febrero de 1653); Información de limpieza de sangre para pasar a Indias (27 de mayo de 1658); instrumentos públicos (1622) relativos a la profesión de sor Marcela de San Félix, hija de Lope de Vega; información relativa al cautiverio de Cervantes, pedida por él mismo (18 de diciembre de 1580); capitulaciones matrimoniales de Luis Vélez de Guevara (24 de octubre de 1626); licencia que doña María de Beranga otorga a su marido para que pueda embarcarse a las Indias (9 de enero de 1724); inventario de los bienes de Lope de Vega (5 de febrero de 1627); id. de Calderón de la Barca (9 de agosto de 1681); donación de Guillén de Castro (18 de julio de 1620); escritura de obligación de Guillén de Castro (25 de enero de 1620); cesión de rentas en los propios de México (22 de marzo de 1658); documentos referentes a los oficios de pintor (1549), platero (1618), boticario (1637), carpintero (1728, 1787), tundidor (1573) y dorador (1726); cartas de pago otorgadas por Alonso de Ercilla (11 de marzo de 1582) y Lope de Vega (25 de abril de 1628); poderes de Guillén de Castro (8 de enero de 1619) y Calderón (12 de marzo de 1664); testamentos de éste y de Lope de Vega (20 de mayo de 1681 y 26 de agosto de 1635, respectivamente); depósito del cadáver del cardenal Granvela (22 de septiembre de 1586), etc.

Como escribe acertadamente el ilustre autor del Estudio preliminar la obra que analizamos es "el primer intento que se hace en este orden, al regalarnos un panorama de la vida jurídica privada española en aquellos pretéritos siglos, poniendo patente, con unas breves muestras, su enorme riqueza instrumental, su variedad polifacética, y abriendo con ello el camino para que algún día pueda emprenderse y llevarse a cabo un proyecto más vasto y ambicioso aún, cual sería la investigación sistemática y organizada de los Archivos Históricos de protocolos... De este modo, y al cabo de unos pocos lustros, podríamos contemplar, resucitada y palpitante otra vez, la vida social, jurídica literaria, histórica y artística de los pasados siglos, por obra de la sabia y paciente exhumación de sus elementos reales y valores auténticos, buena parte de los cuales hoy duermen todavía su sueño secular en los Archivos de protocolos".

Agustín Millares Carlo.

Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México.

IZQUIERDO, JOSÉ JOAQUÍN: *Montaña y los orígenes del movimiento social y científico de México,* México, 1955, Ediciones Ciencia, prólogo del Dr. Henry E. Sigerist, XVI + 442 p., 57 ils.

Los varios años de trabajo que el A. de este libro empleara, en el concienzudo estudio de la época y la figura de Luis José Montaña, han cristalizado en la presente obra, insuperable exponente de lo que es en la actualidad, la historia médica mexicana, entendida al modo como la escribe y practica el Dr. Izquierdo. Para el Dr. Izquierdo la historia es una, cualquiera que sea el punto de vista desde donde se enfoca. Los hechos de una época: médicos, literarios, jurídicos, etc., están fuertemente encadenados con todos los demás aspectos históricos y sociales del momento y por esa razón no pueden estudiarse aisladamente. Advertido esto, comprendemos mejor el título y el contenido de la obra, en la cual ligado a la vida del Dr. Montaña, se hace un profundo estudio del México de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

Si la figura de Montaña, no fuera suficiente, como uno de los más importantes forjadores de la evolución médica de México, para atraer al lector, bastaría la documentada relación e historia de esos años anteriores al gran acontecimiento de la historia mexicana para darle puesto de honor a la presente obra en la historia mexicana.

Refiriéndose a Montaña, el A. no ha escatimado esfuerzo para presen-

tarnos una visión diferente y nueva de su vida y su obra. Desgraciadamente hasta hoy los conocimientos que teníamos de esta figura estaban en gran parte equivocados. Los clásicos tratados de Flores y León aparecían plagados de errores e interpretaciones falsas, en su mayor parte ocasionados por una primitiva biografía anónima de este autor, aparecida a raíz de su muerte, pero escrita con muy poco conocimiento de causa, sobre todo en lo que a su labor científica se refiere. El Dr. Izquierdo, con una paciencia ejemplar y un tesón admirable ha pasado varios años compilando documentos, comprobando datos y buscando todo lo que pudiera tener relación en todos los aspectos con su biografiado. Ha conseguido encontrar obras de Montaña que se creían perdidas, ha traducido las originariamente escritas en latín y ha sopesado cada uno de sus trabajos valorándolos en relación con el tiempo y el ambiente en que fueron escritos.

Como la figura de Montaña es utilizada a la vez para llevar al lector a través de toda una época histórica de México, vemos desfilar por las páginas del libro como en revista cinematográfica casi todas las causas fundamentales de la Independencia Mexicana: el desastre de la administración española, las picarescas bellaquerías de Fernando VII, la inveterada desarmonía entre "europeos" y "americanos", la codicia sin freno de los peninsulares y otros tantos más motivos básicos de la indispensable, necesidad de declararse independiente. Montaña está muy bien elegido, como exponente de este período histórico, dada su amplia intervención en casi todos los momentos políticos y científicos de su vida. Sirve además de enlace entre la vieja educación escolástica y la nueva enseñanza que se origina al liberarse del estado colonial. El A. hace un profundo análisis de estas dos tendencias pedagógicas, la escolástica tradicional y la reforma médica, presentándonos con todo género de detalles, los textos y métodos utilizados antes y después del cambio de enseñanza.

La vida de Montaña, por otro lado, se encuentra amargada continuamente por toda clase de contratiempos, lo cual permite al A. analizar el estado de pasiones y rencillas que imperaba en aquella sociedad tan heterogénea y tan descontenta de su situación en casi todos los aspectos. Y con ello valora más vivamente el amplio campo de la labor de Montaña, que supo sobreponerse a todos los contratiempos y entretener sus horas en los múltiples intereses que llenaron su vida. Montaña, además de su profesión, desempeñada intensamente, encuentra tiempo para dedicarse a la botánica, al profesorado, en su mayor parte particular y algún tiempo oficial y hasta a la literatura poética donde alcanza a ejecutar un honroso papel.

El Dr. Izquierdo además presenta en su libro una crítica de la labor científica de Montaña sobre todo en el aspecto de mantenedor y promotor

de las ideas hipocráticas, con un nuevo aspecto de comentarista y traductor que apartándose de las viejas normas, trata de encauzar las viejas ideas del médico griego dentro de los modernos descubrimientos de su época. En este campo Montaña no encontró similar ni en México ni en España, sus comentarios se caracterizan por un agudo sentido para interpretar modernamente las viejas ideas, aplicando conocimientos químicos, médicos y físicos que otros autores desdeñaban o trataban de ignorar. También recuerda otros trabajos que repasa y valora así como su actuación en la epidemia de 1813 en la cual fue encargado por el Ayuntamiento de dirigir la campaña contra las fiebres y controlar la plaga, esta actuación le valió entrar en comunicación con algunos médicos norteamericanos, hecho que también valora el Dr. Izquierdo pues representa el primer contacto científico entre médicos de ambos países.

El libro bellamente editado e ilustrado es un valioso documento más que añadir a los ya numerosos que el A. tiene aportados dentro del campo cada día más floreciente de la historia médica de México.

G. Somolinos d'Ardois.

Soc. Histórico Médica "Francisco Hernández,
México, D. F.

IZQUIERDO, JOSÉ JOAQUÍN: *El hipocratismo en México,* México, Imprenta Universitaria, 1955, 263 p., 5 ilus. y un facs. de 107 p.

El libro que nos ocupa constituye uno de los primeros frutos del estudio profundo que desde hace ya algunos años viene consagrando el A. a la figura del médico Luis José Montaña, importante personalidad de la medicina en los primeros años del siglo pasado. En realidad el objeto del libro, después de presentar someramente la figura de Montaña, relacionándola con otras de significación análoga en España y en su tiempo, consiste en recoger y analizar el estado de las ideas hipocráticas en los últimos tiempos de la Colonia española en México. Precisamente el Dr. Montaña debe ser considerado como el último y tal vez el más grande y más original hipocrático de México. Mas su hipocratismo merece especial atención, ya que descontento con las tradicionales repeticiones de las ideas de Hipócrates, se lanzó a la atrevida, y en su caso triunfal, aventura de reinterpretar los aforismos de Hipócrates adaptando sus comentarios al estado de la ciencia en su época. Estos comentarios que fueron editados en una obra escrita en latín en 1817, aparecida con el título de *Praelectiones et concertationes medicae* forma el núcleo central del libro que

nos ocupa. El Dr. Izquierdo trabajando la historia con la misma precisión que una ciencia exacta nos incluye en su trabajo el facsímil íntegro de la obra de Montaña y a continuación la traducción total de la obra al castellano, ciudadosamente cotejada y revisada.

De esta obra, en su edición original latina, no se conoce en la actualidad más que un ejemplar. Ahora gracias a la diligencia y cuidado del Dr. Izquierdo podrá ser fácilmente consultada por todo aquel investigador que lo necesite. Pero, además, gracias a la traducción, podrá llegar a ser leída y utilizada por los muchos estudiantes e investigadores que desconocen el idioma original en que fue escrita.

No era necesario por el momento insertar más noticias sobre el Dr. Montaña ni llevar a cabo tampoco un análisis detenido de la obra que se presenta.

También se incluye en este libro una corta revisión de las aportaciones hipocráticas hechas por el Dr. Manuel Carpio, autor de otro trabajo sobre los *Aforismos y pronósticos de Hipócrates*, publicado en México en 1823.

Germán Somolinos d'Ardois.

Soc. Histórico Médica "Francisco Hernández,
México, D. F.

JIMÉNEZ RUEDA, JULIO: *Historia Jurídica de la Universidad de México*, México, Facultad de Filosofía y Letras, 1955, 262 p.

Este estudio es la publicación XVI de las ediciones consagradas a conmemorar el IV centenario de la Universidad Nacional Autónoma de México. Su A. recoge en este libro las conferencias de un curso que explicó en la Facultad de Jurisprudencia, bajo la rúbrica de *Derecho Universitario. De las Siete Partidas a nuestros días*, durante los meses de junio y julio de 1953, dentro de los diversos actos y trabajos con los que fue dignamente celebrado el IV centenario.

Especial importancia para los estudiosos tiene la Historia de la Universidad Mexicana, la primera que abrió sus aulas en tierras americanas, para unir así al Nuevo Mundo desgarrado por las inevitables violencias de la conquista, con la historia universal de la cultura.

Claramente expresado en este estudio está este proceso, que sirve de norma para la fundación de otras Universidades del continente colombino. El glorioso reinado de Alfonso X, el *Sabio*, pone la primera piedra en el Código de las *Siete Partidas* (Partida tercera, capítulo XXXI), al incluir en ellas la legislación universitaria, cuya legislación vino a perfeccionar

a la prócer Universidad de Salamanca, fundada mucho antes (en fecha indeterminada) por Alfonso IX de León y protegida por Fernando III, el *Santo*, quien le otorgó largos privilegios en 1243.

La Universidad de México nace con tales ilustraciones antecedentes, pero muy pronto acusó su personalidad, al par que iba naciendo el moderno pueblo de México. Por otra parte, la Universidad de los siglos virreinales, a través de sus estudios humanísticos, fue creando la conciencia nacional en los mejores hombres del país.

El siglo XIX, el siglo de la Independencia y de la dolorosa gestación institucional, con sus interminables luchas políticas, afectó gravemente a la vieja Universidad. Al decretarse su desaparición, ésta fue más aparente que real, pues subsistió en sus diversos planteles, en los que se mantuvo el rescoldo del espíritu universitario, que, al fin y al cabo, es lo que importa. Así, las diversas escuelas reunidas para su reinstalación por don Justo Sierra en 1910 eran partes de un mismo organismo vivo al que sólo faltaba dar una estructura y designar de nuevo con su nombre glorioso.

Jiménez Rueda pone punto final a su obra con el relato de los últimos años de la institución, para lo cual su propia experiencia y laboriosa obra educativa le suministran los datos necesarios.

Jorge Hernández Millares.

Escuela Nacional Preparatoria de la U. N. A. M.,
México, D. F.

MARTÍNEZ DEL RÍO, PABLO: *Un arte de escribir del siglo XVIII. Apuntes para la historia del rasgueado en México.* México, Imprenta Nuevo Mundo, S. A. (Instituto de Historia, Primera Serie, No. 31. Instituto de Investigaciones Estéticas), XV p., 50 láms., 24 x 35 cm.

El Instituto de Historia de la Universidad de México, en colaboración con el de Investigaciones Estéticas de la propia Universidad, publica este estudio, en forma de elegante plaquette, debido a don Pablo Martínez del Río, bien conocido como investigador de los orígenes americanos.

En él se ocupa el autor, de manera principal, de estudiar el libro manuscrito de Don Rafael Ximeno *Arte de escribir,* obra que compusiera a finales del siglo XVIII y dedicara en 1785 tanto al Conde de Gálvez, como al Ilustre Ayuntamiento de la Ciudad de México. Hace una interesante descripción del mismo, cuenta su historia y lo relaciona con tratados de escritura semejantes publicados en España y otros países europeos en fechas

anteriores. Al describir el libro, indica el autor cómo no es sólo un arte caligráfico el que con él se trata de enseñar, sino un método completo de escritura.

La publicación de esta obra, adquiere un gran interés, no sólo por tratarse de un bello ejemplar del arte de bien escribir, sino fundamentalmente porque muestra el interés que a finales del siglo XVIII se puso en la educación elemental, en la instrucción que hoy llamamos primaria. Este libro es uno de tantos que existen, algunos de los cuales hemos registrado para un estudio en preparación, destinados a la enseñanza y aprendizaje de los alumnos de las escuelas elementales. En éste, ya se precisan los lineamientos a seguir en el estudio de una de las disciplinas fundamentales, la enseñanza de la lengua en todas sus formas. Otros más existen para las restantes asignaturas y el conocimiento de todos ellos y su análisis será el que nos dé en último resultado un mejor sentido de las formas didácticas utilizadas en pasadas épocas.

El esfuerzo realizado en el siglo dieciocho por mejorar la instrucción pública, aún no ha sido señalado en toda su extensión. Numerosos estudios existen ya acerca de la renovación intelectual de esa centuria y de los adelantos alcanzados en los niveles superiores de la enseñanza, mas carecemos de una investigación minuciosa acerca de la educación elemental. Los elementos que hay para emprenderla son sin embargo numerosos y esperamos que poco a poco se vayan dando a conocer.

En ese esfuerzo de renovación, iniciado desde la administración del Virrey Bucareli y hasta la de Iturrigaray, hay grandes jalones que pueden ser subrayados. Uno de ellos es el que corresponde a la gestión gubernativa del Segundo Conde de Revilla Gigedo. Durante ella, el interés puesto en la instrucción pública se aumenta, el celo por el cumplimiento de las normas especiales a ese ramo se extrema y la presencia de nuevos maestros y nuevos métodos influye extraordinariamente, todo lo cual da a la instrucción elemental un rango y un prestigio inusitados. En ese marco es en el que se destaca la figura de Rafael Ximeno, quien venía trabajando varios años atrás en pro de su "noble arte de leer, escribir y contar". Resalta su presencia poco a poco y llega a ocupar diversos puestos entre otros el de "Veedor del Noble Arte de escrebir, leer y contar" desde el cual intenta infiltrar entre el "Noble Gremio" sus ideas renovadoras, las cuales provocan en numerosas ocasiones grandes protestas por los que se sienten afectados.

Un papel predominante juega en esa época Ximeno, papel que no es posible dar a conocer en este lugar. Entre otras obras suyas se encuentra la hoy publicada con gran pulcritud y elegancia por Don Pablo Martínez del Río, quien se refiere de manera principal a su aspecto artístico, al que liga con otras manifestaciones semejantes hechas en diversos documentos y aún retratos. En nuestros archivos, principalmente en aquellos que

contienen documentos conventuales, es posible hallar numerosos ejemplos de rasgueado similares a los postulados por Ximeno.

Por el interés que despierta no solamente entre los aficionados a las bellas artes, sino principalmente entre los que se ocupan de la historia cultural de México, esta obra debe ser bien recibida.

Ernesto de la Torre Villar.

El Colegio de México,
Centro de Estudios Históricos.

MELO FRANCO, AFONSO ARINOS DE: *Un estadista da República (Afrânio de Melo Franco e seu tempo)*. Rio de Janeiro, Livraria José Olympio Editôra, 1955. 3 vols. (Fases provincial, nacional e internacional), XXVIII, 1,706 pp., 60 ils. (Coleção Documentos Brasileiros, vols. 85, 85-A, 85-B).

Nascido em 1870 e falecido em 1943, Afrânio de Melo Franco é, dos políticos brasileiros do período republicano, um dos mais conhecidos por sua ação internacional, principalmente na América.

Logo depois de sua morte, o Sr. Afonso Arinos de Melo Franco, seu filho e sucessor na política, começou a pôr em ordem o arquivo paterno, tendo em vista redigir sua biografia, o que fêz durante onze anos, até 1954, nos intervalos de suas próprias atividades de professor universitário e homem público, atualmente líder parlamentar do segundo partido político brasileiro, a União Democrática Nacional.

Em três volumes e 1,734 páginas dividiu a obra intitulada *Um Estadista da República (Afrânio de Melo Franco e seu tempo)*, dotada de 60 ilustrações fora do texto e índices de assuntos e onomástico. Dedicam-se, cada um dos tomos, às fases *provincial, nacional e internacional* da ação do biografado, embora na última também apareça, como é natural, a política interna dos últimos vinte anos de sua existência.

No primeiro volume é focalizado o ambiente rural em que se radicou, desde o século XVIII, a família Melo Franco, de origen portuguêsa: a região de Paracatu, a noroeste do atual Estado de Minas Gerais. Sumàriamente biografados os ancestrais, homens afeitos às atividades econômicas do período colonial e à política partidária do Brasil imperial, provoca a atenção do leitor o paralelo entre Afrânio de Melo Franco e seu irmão mais velho, o primeiro Afonso Arinos de Melo Franco, que se tornou escritor primoroso e monarquista convicto, enquanto aquêle se fêz político republicano primeiramente em seu Estado, depois no setor federal, finalmente no internacional.

Casando-se em 1893 com uma filha de Cesário Alvim, o primeiro presidente de Minas Gerais sob o regime republicano, o fato permite ao Sr. Afonso Arinos retratar também a curiosa figura de seu avô materno, que sob a monarquia foi seis vêzes candidato ao Senado, não obtendo, entretanto, a escolha do Imperador D. Pedro II ou de sua filha, a Princesa Imperial Regente do trono, D. Isabel. Aderindo ao movimento republicano, foi também ministro do Interior do Govêrno Provisório chefiado pelo marechal Deodoro da Fonseca.

No Estado de Minas começou Afrânio de Melo Franco sua carreira de homem público, ingressando na magistratura, embora por pouco tempo também estivesse na diplomacia, como secretário de legação. Advogado em Belo Horisonte, entrou na política como deputado estadual, passando a federal em 1906.

Presidia então o Brasil, em período de notável prosperidade, um antigo conselheiro da monarquia, Afonso Pena, que além de um bom ministério tinha a apoiálo na Câmara um brilhante grupo de deputados relativamente jovens. Ocurreu, porém, uma crise política com referência à sucessão presidencial, falecendo o velho governante, cujo mandato completou o vice-presidente da República. Assumiu então o predomínio político o vice-presidente do Senado, Pinheiro Machado, que conseguiu eleger para a presidência o marechal Hermes da Fonseca, contra a candidatura do grande jurista Rui Barbosa. Dominou aquêle senador o agitado quadriênio do marechal, mas foi assassinado no período seguinte. Voltou assim a prevalecer a política ditada pelos Estados de maior população, Minas Gerais e São Paulo. Em 1919, tendo falecido antes de tomar posse outro conselheiro da monarquia, Rodrigues Alves, foi Melo Franco, ministro da Viação, a principal figura do govêrno interino do vice-presidente Delfim Moreira. A política dos grandes Estados sofreu, porém, uma ruptura em 1929, ocasionando a revolução do ano seguinte, que inaugurou uma nova era na História da República no Brasil.

Todos êsses episódios políticos relata o Sr. Afonso Arinos em seu livro, pois nêles estêve direta ou indiretamente envolvido Afrânio de Melo Franco. Interessa-nos, porém, especialmente, sua ação internacional, de maior ligação com a História da América.

Em 1917, às vésperas da entrada do Brasil na primeira Guerra Mundial, pela primeira vez chefiou Melo Franco uma missão internacional, indo à Bolívia representar o Brasil na posse de um de seus presidentes. Em 1919 participou, em Washington, da primeira Conferência Internacional do Trabalho reunida depois daquele grande conflito.

Em 1923, na Quinta Conferência Panamericana, realizada em Santiago do Chile, coube a Melo Franco enfrentar uma questão delicada e que não pôde ser resolvida: a do desarmamento dos mais populosos países sul-americanos.

No mesmo ano representou o Brasil no Conselho da Liga das Nações, junto ã qual passou a embaixador em 1924. Não sendo assegurado ao país o lugar permanente a que tinha direito, retirou-se o Brasil daquele organismo internacional, cabendo a Melo Franco fazê-lo com grande elegância diplomática, em 1926.

De 1930 ao início de 1934 foi ministro das Relações Exteriores do Govêrno Provisório de Getúlio Vargas, eficazmente participando das negociações diplomáticas tendentes à solução da Guerra do Chaco, entre a Bolívia e o Paraguai. Outra importante incumbência foi a de presidir a comissão internacional que resolveu a grave pendência entre a Colômbia e o Peru, relativa á posse da região amazônica de Leticia. Só a completou depois de sua saída do ministério e não há dúvidas que Melo Franco tenha sido o principal agente da harmonização então conseguida. Por êsse motivo foi levantada e grandemente apoiada sua candidatura ao Prêmio Nobel da Paz, que sòmente por motivos ocasionais não obteve.

A proximidade da segunda Guerra Mundial determinou novas atividades diplomáticas de Melo Franco, que chefiou a delegação brasileira à difícil Oitava Conferência Panamericana, reunida em Lima, 1938. Presidiu as posteriores Comissão Interamericana de Neutralidade e Comissão Jurídica Interamericana, sucessora daquela, sediadas no Rio de Janeiro.

No exercício dessa última função faleceu Afrânio de Melo Franco, certamente um dois mais notáveis internacionalistas do continente, neste século, conforme amplamente se demonstra nas páginas de *Um Estadista da República,* de seu filho o Sr. Afonso Arinos de Melo Franco.

Helio Vianna.

Universidade do Brasil,
Faculdade Nacional de Filosofia,
Rio de Janeiro, D. F.

NÚÑEZ MATA, EFRÉN: *México en la Historia,* 2a. edic., México, Ediciones Botas, 1955, Vol. I, 342-I p.; Vol. II, 241 p.

He aquí un libro que ofrece nueva visión histórica de México, ciñéndose al rigor didáctico y a la investigación erudita. Núñez Mata lo ha escrito para los estudiantes de las escuelas secundarias; pero puede muy bien servir a quienes desean tener un conocimiento objetivo, ecuánime, de la formación y desarrollo del pueblo mexicano. Es, pues, un instrumento eficaz, seguro, para quien desea adentrarse en la vida y obra de este pueblo, contando con bibliografía muy bien seleccionada y, más que todo, con la claridad en la exposición, la serenidad en la escogencia de los

hechos y la luz que necesita todo lector al penetrar en el laberinto de un libro.

Después de los manuales *El Pueblo Mexicano* de Carlos Pereyra (J. Ballesca y Cía., s. f.), la *Historia General de México* por Nicolás León (1902), la *Breve Historia de México* de Alfonso Teja Zabre (1946) y la *Historia de México* del P. José Bravo Ugarte, S. J., sin excluir las *Lecciones de Historia Patria escritas para los alumnos del Colegio Militar* por Guillermo Prieto (1896) y el *Compendio de Historia de México* por Alfonso Toro (1926) surge el breviario del doctor Núñez Mata con el modesto título de *México en la Historia,* así como el de Herbert I. Priestley apareció como el de *The Mexican Nation: A History* (New York, 1923); es decir, una historia más; pero su modestia lo ha llevado también a proclamar que utilizó las sugestiones que para la primera parte le hicieron los doctores Alfonso Caso y Silvio Zavala y el profesor Wigberto Jiménez Moreno, y para la segunda las del catedrático universitario don Arturo Arnáiz y Freg.

Después de cada capítulo aparecen un resumen, un vocabulario, una lista de actividades sugeridas y la bibliografía conveniente, de modo que la orientación que el A. ofrece a los lectores no puede ser más útil.

La primera parte se refiere al México precolombino y español y la segunda al independiente. En el capítulo XXVII, consagrado a la vida intelectual durante los días coloniales, se advierte que no se mencionan a la expedición científica que dirigió don Martín Sessé, uno de los testimonios del interés de España por apreciar las riquezas naturales de América (así como lo fueron las de La Condamine y la de Mutis en América del Sur).

La segunda parte del libro invita a la lectura más detenida y se pueden hacer algunas aclaraciones. "Guatemala fue hasta la época de la independencia de la Nueva España una Capitanía General con su gobierno sometido a la política del Virreinato de México" (p. 52); afirmación que puede rectificarse diciendo que dicha Capitanía estuvo bajo la influencia económica e intelectual del gobierno de la "Provincia" de Guatemala, una de las cinco que formaban la Capitanía General, pues el nombre de Guatemala era dado a toda ésta; y ello fue por razones que databan de la expansión de la conquista de México, cuando Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, epígonos de Cortés, emprendieron la subyugación de los territorios ístmicos al sur de Chiapas.

En la bibliografía de la página 82 pudo muy bien tomarse en cuenta el libro en que el Dr. Carlos E. Castañeda presentó los puntos de vista norteamericano y mexicano sobre la cuestión de Texas, y al sugerir actividades se pudo recomendar la lectura del "México Peregrino" de Victoriano Salado Alvarez.

Una prueba fehaciente de la imparcialidad del autor en sus apreciaciones la da al referirse al Tratado MacLane-Ocampo (pág. 115), que ha sido motivo de largas controversias.

Es claro que siendo libro para lectores en español no caben en él las menciones a libros en otros idiomas; de otra manera el de Ralph Roeder, sobre "Juárez and his Mexico" (New York, 1947), habría sido mencionado (pág. 116). Sí fueron olvidados el libro de Basch, tan valioso al referirse a Maximiliano de Habsburgo (pág. 150) y el de Mrs. O'Shaughnessy, respecto a Madero (pág. 199). Y, por supuesto, no hubo de mencionar las memorias del gran periodista norteamericano Lincoln Steffens, que hablan de Carranza y el libro del embajador Josephus Daniels, tan alusivo a Calles y Cárdenas.

Propiamente entre los poetas que sobresalieron en la etapa porfirista no puede figurar Enrique González Martínez (pág. 169) y ya que el autor alude a José Juan Tablada, Efrén Rebolledo, Jesús Urueta y Manuel de la Parra, pudo muy bien hablar de "La Revista Moderna" de Valenzuela (mencionada pp. 221-223) que tuvo tanta importancia en su época, como la que tuvieron en las suyas la "Revista Azul" y "Contemporáneos".

El autor que merece recuerdo puntual es José López Portillo y Rojas, cuyo libro sobre Porfirio Díaz pudo ser mencionado en la bibliografía del capítulo XV de la segunda parte (pág. 171). Es magistral el esquema biográfico de Francisco I. Madero (pág. 182-183).

La importancia del libro no se desvirtúa con las anteriores objeciones, que sólo demuestran el vivo interés que me ha movido a su lectura. Núñez Mata ha hecho un trabajo concienzudo, de verdadero aliento mexicano Las ciencias económicas y la Psiquiatría, entre otras especialidades, han tenido significación particular dentro de la Revolución Mexicana y gran influencia tuvo en la generación del "Ateneo de la Juventud" Pedro Henríquez Ureña.

En resumen: el libro del Dr. Núñez Mata viene a enriquecer la bibliografía histórica de México y es una hazaña de paciencia y de método, que sólo puede suscitar elogios, sobre todo en los países de nuestro idioma en donde hasta hace poco no ha sido conocido el cuadro histórico de México trazado hasta nuestros días, y su lectura avivará la curiosidad de quienes no se han familiarizado con los hechos y aspiraciones de un pueblo que tiene altos destinos, y que ha sabido dar pruebas evidentes de que posee rica personalidad y, más que todo, como ha dicho recientemente Padilla Nervo en discurso trascendental, es un pueblo que ama la vida.

Rafael Heliodoro Valle.

OSORIO Y CARVAJAL, R.: *Génesis y desarrollo de la Facultad de Medicina y Cirugía de Yucatán* (Colección de Monografías de la Academia Mexicana de Historia de la Medicina) México, 1954, 36 p., 1 lám.

En la historia de la medicina mexicana, de la cual el Dr. Osorio Carvajal, es uno de sus más competentes escritores, se ha descuidado por regla general la historia de la provincia. Son pocos los trabajos publicados donde se recogen los hechos médicos de muchos héroes que lucharon por mejorar su técnica y su profesión en el ambiente, si no hostil, por lo menos indiferente de la provincia mexicana. Sin embargo de muchos de estos lugares apartados, faltos de medios de trabajo, con dificultades de comunicación para el intercambio de ideas han salido valiosas aportaciones a la medicina mexicana, que como ya hemos apuntado en otras ocasiones, a falta de figuras cumbres en la medicina mundial, tienen en cambio una labor de conjunto de equipo muy superior a la que pueden presentar otros países.

Ha sido, por tanto, una feliz iniciativa la del Dr. Osorio que con motivo de la Onceava Asamblea Nacional de Cirujanos, presentó y publicó el presente trabajo donde recoge la evolución médica de Yucatán desde el momento de la fundación de la Escuela de Medicina. El Dr. Osorio, que fue rector de la Universidad del Sureste y director de la Escuela de Medicina de Yucatán, es, sin duda, el mejor conocedor del tema, y así vemos cómo a lo largo del libro van surgiendo las innovaciones médicas llevadas a la península yucateca por médicos estudiosos que pendientes de la evolución médica llegaron a conseguir en la pequeña y apartada región mantener al día la ciencia de curar sin escatimar para ello sacrificios de todos los órdenes. Simultáneamente el A. esboza los rasgos biográficos de todos los médicos que laboraron por el progreso de la medicina yucateca, tanto los naturales de la provincia como aquellos otros que venidos de lejos dejaron profunda huella en la obra de renovación médica. Todo lo presentado por el A. está concienzudamente documentado para lo cual han sido precisas muchas horas de búsqueda en archivos y de visitas e interrogatorios a familiares de los médicos biografiados. Sin embargo no será ésta la única aportación que el doctor Osorio tiene proyectada sobre la medicina yucateca, en el mismo libro anuncia la próxima publicación de una segunda monografía donde desarrollará la historia de la labor que para impulsar la marcha de la medicina en Yucatán llevaron a cabo importantes especialistas de la región. Esperamos que esta labor iniciada por el Dr. Osorio cunda en otros Estados de la República Mexicana hasta poder contar con un acervo documental completo de como se ha desarrollado y evolucionado la medicina en la totalidad de la República.

G. Somolinos d'Ardois.
Soc. Histórico Médica "Francisco Hernández",
México, D. F.

PALOU'S *Life of Fray Junípero Serra,* Translated and anotated by Maynard J. Geiger, O. F. M. Ph. D. 1955, Academy of American Franciscan History, Washington, D. C., XXX-547 p.

Esta es la admirable traducción al inglés de la "Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra" por Fray Francisco Palou (México, 1787), quien le trató, como nadie, muy de cerca, y le acompañó en sus aventuras de evangelización. Se disponía de algunos libros para conocer algo de la vida del gran franciscano que en México y California hizo profunda obra humana: *Evangelista del Mar Pacífico: Fray Junípero Serra* (Madrid, 1944), *Fray Junípero Serra, civilizador de las Californias* de Pablo Herrera Carrillo (México, 1943) y *Bosquejo histórico del Venerable Padre Fray Junípero Serra* por Francisco Torrens y Nicolao (Felanitz, 1913).

Fray Junípero Serra (1713-1784), oriundo de la aldea de Petra, en la Isla de Mallorca, es una de las grandes figuras de la historia franciscana en América; un civilizador, que está incorporado a la Leyenda Dorada del franciscanismo, pues no sólo fue evangelizador indómito sino también un modelo de trabajadores, un orador sagrado eminente, una voluntad recia en la acción. Palóu le sigue paso a paso desde que se conocieron personalmente (1740) hasta que Serra murió. Por consiguiente, su testimonio es de primera calidad para poder apreciarle, y hasta tuvo a bien incluir en el texto de la biografía muchas de las cartas que de él recibió, lo mismo que algunas escritas por el Virrey de la Nueva España, don Antonio de Bucareli y Ursúa, quien fue uno de sus más entusiastas animadores.

El R. P. Geiger ha enriquecido las páginas de Palóu, anotándolas puntualmente y, a la vez, adornándolas con la rica bibliografía que le sirvió de punto de apoyo para la traducción, dando a conocer a la vez, en orden cronológico, los documentos relacionados con Serra y señalando en dónde se encuentran. Todo concurre a dar a este libro clásico en la historia franciscana de América un prestigio singular, tanto por la limpieza de la traducción, las glosas que lleva y la presentación tipográfica del libro, que contiene 61 capítulos exornados con aquellas ilustraciones que dan al lector una perspectiva sintética de la vida y obra de Serra, desde el sitio en que nació su padre, hasta las iglesias de Santiago de Jalpan y de San Fernando (en la ciudad de México la segunda), y también un aspecto de la Misión de San Carlos, en Carmel, California.

Fechas fundamentales en la vida del Padre Serra: hizo su profesión, tomando el nombre de Junípero, en la Hermandad de Jesús, de Palma, Mallorca (15 de septiembre de 1731); entró en el Colegio Apostólico de San Fernando (1º de enero de 1750); salió rumbo a la Alta California (16 de julio de 1767); fundó la misión franciscana de San Carlos Borromeo, en

un paraje de Monterrey, California, después de un tercer descubrimiento de la bahía, por un grupo de españoles dirigidos por él y don Gaspar de Portolá (3 de junio de 1770); y murió en San Carlos, Alta California (28 de agosto de 1784).

Las huellas de Junípero Serra se encuentran claramente señaladas por los nombres de las misiones que fundó o por donde pasó y que ahora son ciudades californianas; por ejemplo, San Bernardino, San Buenaventura, San Francisco, San Gabriel, San Joaquín, San José, San Diego, San Juan Capistrano, San Luis Obispo, Santa Clara, Santa Lucía, etc., etc.

Los estudiosos de Historia de América encontrarán verdadero regocijo al revisar estas páginas que ahora se entregan al mundo anglo-parlante, con verdadero conocimiento de amor.

Rafael Heliodoro Valle.

PIVEL DEVOTO, JUAN E.: *Las Ideas Constitucionales del Dr. José Ellauri; Contribución al estudio de las Fuentes de la Constitución Uruguaya de 1830,* Montevideo, República Oriental del Uruguay. Apartado de la *Revista Histórica,* tomo XXIII, 1955. 18 x 26; 199 pp., ilust., láms.

La labor histórica desarrollada por don Juan Pivel Devoto reconoce desde su hora inicial una ahincada preocupación investigadora, asistida por una clara exposición didascálica. Él es siempre un preocupado por su faena, cualquiera sea el grado de amenidad o aridez donde detenga su escudriñar atento o su inferencia esclarecedora. Desde *El Congreso Cisplatino* (1821), que hace dieciocho años nos ofreciera denso de citas, hasta esta nueva contribución histórica sobre: *Las Ideas Constitucionales del Dr. José Ellauri,* sin omitir su labor como director de la *Revista Histórica* de Montevideo, Pivel Devoto aparece como uno de los valores ciertos de la historiografía uruguaya.

Esta última obra salida de su pluma como una "Contribución al estudio de las fuentes de la Constitución uruguaya de 1830", nos llega asistida de valores de variada calidad estimativa, que atentos a la autonomía reclamada por Croce para esta clase de trabajos, exhibe con profusión los testimonios; verifica la crítica objetiva de ellos, y asciende a la verificación, poseído por la agilidad de la síntesis.

La primera parte de la obra está dedicada al estudio de la personalidad del Dr. Ellauri, el constitucionalista por determinación, según se desprende del conocimiento de su vida. El autor no se muestra avaro en señalar el predicamento y las calidades del redactor del código de 1830, mas a fuer de exacto tampoco adereza prosa de panegírico para su personaje, por cuanto lo advierte alejado de los altos ardimientos de la gesta libertadora

uruguaya, y sí anónimo, "...en el desempeño de un oscuro cargo administrativo". Por este camino avanza Pivel Devoto para mostrarnos a continuación, la inéxistencia hasta el día de hoy, de las actas de la Comisión redactora de la constitución de 1830, y nos lleva al conocimiento de la función de redactor del proyecto, que verificó como secretario de la comisión el Dr. Ellauri, sin omitir la precisa circunstancia de señalar, de acuerdo con el tercer manuscrito, las enmiendas que la comisión introdujo en los treinta y ocho primeros artículos redactados por el constitucionalista citado. Un sosegado discurrir sobre la redacción primigenia de los mencionados artículos y los apuntamientos posteriores verificados por la comisión constituyente, enteran con sensible concreción la medida en que Ellauri contribuyó a plasmar la ley suprema de su país en 1828-1830.

Hasta este punto la obra en cuestión muestra la selección de los testimonios y el desarrollo de la crítica interna que le es aneja. Mas la ardua empresa indica su comienzo, cuando el autor sin ahorrarse esfuerzos se pregunta: "¿En qué fuentes se inspiraron Ellauri y los demás integrantes de la Comisión de Constitución y Legislación para dar forma al proyecto que sometieron al juicio de la Asamblea?" Un repaso prolijo de los autores con concepciones legislativas puestas en vigencia durante los primeros cinco lustros del siglo XIX, en estas regiones en general, le sirven al autor para nutrir la respuesta demandada en su trabajo. Desfilan en la acertada nómina los nombres de Montesquieu, Condorcet, Reyneval, Jefferson; pero también los nombres de cuatro pensadores, que ex profeso hemos guardado para el final: Destutt de Tracy, Bentham, Daunou y Cottu. El pensamiento de cualquiera de estos escritores en materia legislativa o jurídica, ya sea a través de sus cartas o de sus obras —a veces escritas o traducidas de intento llegan y se difunden en estas tierras del Plata a través del más nítido y entusiasta de sus difundidores: Bernardino Rivadavia, omitido por Pivel Devoto en los trabajos incuestionables, que el ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores de la provincia de Buenos Aires y el primer presidente de los argentinos, ordenó en materia legislativa en los primeros cuerpos jurídicos que se ensayaron en su época.

Rivadavia fue en principalísima parte el introductor de las ideas que venimos estudiando. Tracy fue su gran amigo, y consejero de no pocas determinaciones de su vida pública; Bentham constituyó su guía casi exclusivo al tentar la reforma jurídica, como lo reconoce el autor; Cottu resulta el autor traducido merced a los trabajos que él hiciera para decidirlo en la tarea a Blanco White; y en lo atinente a Daunou, fue tan estrechado el asedio, que además de la traducción que hiciera el Dean Funes del *Ensayo de las Garantías Individuales*, el autor francés escribió particularmente un ensayo sobre el *Reglamento Provisorio de 1817*, que se intituló: *De la América Meridional.*

El pensamiento y la acción de Rivadavia en materia legislativa fueron

decisivos en la estructuración del período comprendido entre 1821 y 1828. Él es por antonomasia el introductor y difundidor de las nuevas ideas, sin que en la tarea le hayan faltado colaboradores eminentes. Tal comportamiento arraigado en la cuenca del Plata, importa asimismo vigorizar la tesis del historiador Pivel Devoto, cuando con todo acierto descarta por inexistente la influencia del pensamiento jurídico de San Martín en el código uruguayo de 1828-1830. Un ejemplo concreto ilustra la cuestión. Para filiar la fuente histórica sobre la seguridad individual asentada en la constitución uruguaya, no es menester remontarse a lejanos antecedentes. La primera palabra sobre la materia fue dada por el primer Triunvirato el 23 de noviembre de 1811, y este cuerpo de gobierno estuvo integrado por Rivadavia. Leer los considerandos de introducción al decreto, es sorprender los giros de su prosa. El texto de la constitución argentina de 1826 y el de la uruguaya de 1830, casi son la reproducción literal del modelo de 23 de noviembre de 1811.

¿Dónde se nutrieron los orígenes del decreto de seguridad individual de 1811, que conjuntamente con el de libertad de imprenta del mismo año, completan el temprano cuadro de las conquistas de la dignidad del hombre en el Plata? Julio V. González, investigador agudo y dotado de vasta versación sobre estas cuestiones, que en su notable tratado sobre: *Filiación Histórica del Gobierno Representativo Argentino,* ha expuesto con clara visión "La historia de las instituciones políticas de la Revolución de Mayo fue una creación de la Revolución de España", de 1812, ha afirmado con respecto al decreto mencionado: "...parece escapar a la gravitación española, un decreto de la importancia del que estableció las garantías individuales, promulgado por el Triunvirato el 23 de noviembre de 1811, con el título de seguridad individual. Es de notable factura, y aunque no encuentro en la Recopilación ni en el Diario de Sesiones de las Cortes de Cádiz, una similar, no sería difícil que existiera el modelo en aquellas fuentes". Y el rumbo resulta acertado. Por nuestra parte podemos afirmar, que desde tiempo atrás Rivadavia tenía ideas claras sobre la materia. En el artículo dos de las garantías individuales, cuando se postula, que se "hará saber al reo la causa de su detención", parecería estarse extractando la defensa interpuesta por el futuro triunvirato ante el tribunal, en favor de Guilermo White, en agosto de 1809. Expresa en la emergencia Rivadavia: "Exmo S.or, faltaria a los mas sagrados deveres con qe nuestras Leyes obligan á todo poder habiente, si con el mas profundo respeto igualm.te qe con la libertad legal y formalidad nezesaria no hiciera a V. E. como me lo tiene prevenido dho Ciudadano las mas serias protestas pr una tercera vez y quantas pr D.ro sean necesarias pr la transgresion de los mas respetables dros. de las Naciones y de la Seguridad y libertad personal de todo Individuo, qe el precitado Guillermo White reclama en toda forma p.a ante el Congreso G.ral de una Nacion, y para la Suprema autoridad de España

e Indias..." Y añade: "...No hay codigo de nacion qe excepcione la obligacion de expresar a todo arrestado las Causas ó Causa qe le privan de su libertad..."

Anotadas las precedentes sugestiones, que nos parecen atinadas por la naturaleza del tema abordado, el señor Pivel Devoto hace un repaso de las principales fuentes que nutren los diversos artículos e informan el cuerpo jurídico de 1830. Vienen al ruedo de las citas, la constitución de Francia de 1791, la española de 1812; el Estatuto Provisional de 1815, el Reglamento Provisorio de 1817, la Constitución de 1819 y la de 1826 de las Provincias Unidas del Río de la Plata, el proyecto de constitución del Brasil de 1823, y la Constitución de 1828 de Chile, sobre la cual ahonda su estudio, agregando así un acierto más a su trabajo de exégesis escrupulosa. La constitución chilena de 1828, constituye indudablemente una seria expresión de los principios sociales y políticos puestos en boga en el primer tercio del siglo XIX. Estuvo ella trabajada en gran parte por el pensador y literato español José J. de Mora, expresivamente evocado por el escritor chileno Miguel Luis Amunátegui. Mora perteneció a los liberales y románticos españoles, que como Agustín Argüelles, Antonio Puig i Blanch, Romero Alpuente, vivían expatriados en Londres, y que últimamente han sido estudiados en un libro medular, por Vicente Llorens Castillo, del Colegio de México. De la casa del librero londinense trajo Rivadavia a Mora, para cumplir una tarea de cultura juntamente con de Angelis. Cuando su presidencia se hubo extinguido, Mora pasó a Chile donde se incorporó al movimiento intelectual, y fue entre otras muchas cosas, redactor de la constitución.

Otro acierto existe en la seria filiación jurídica que se ha hecho en *Las Ideas Constitucionales del Dr. José Ellauri;* el autor destaca el papel desempeñado por el pensamiento y la obra del tratadista español Ramón Salas. No sólo es posible advertir su influencia en los constituyentes uruguayos de 1830, sino también la asimilación de su obra por profesores y tratadistas argentinos de la época, a punto tal, que no ha faltado alguno de ellos cuyo único mérito ha consistido en plagiarlo.

Verificado el análisis sobre el espíritu que informa el enunciado político-social de la constitución de 1830, el historiador penetra en el estudio de los distintos artículos alusivos a la formación del poder legislativo, ejecutivo y judicial donde se explayan las ideas de Ellauri y también los juicios de sus contemporáneos, al discutirse el proyecto de la constitución, tales como los de su oponente doctrinario, Santiago Vázquez, y las de Miguel Barreiro, Antonio Díaz y Larrañaga. Una orgánica exposición nutre todos estos episodios; pero el rasgo notable que corresponde señalar aquí, es que el autor no rehuye decir cuanto sea verdad. Al cerrar su obra da cuenta de la flaqueza admirativa de Ellauri al sugerirle al presidente Rivera en 1840, la conveniencia de modificar en la parte pertinente, el texto consti-

tucional que él había trabajado, en el sentido de hacer permanecer al Presidente de la República diez años en el ejercicio de su cargo. Era al fin un signo de los tiempos. Alberdi usó análogo temperamento con Urquiza, según lo expuso en una carta, recogida por el historiador Ramón J. Cárcano en su obra: *Urquiza y Alberdi, Intimidades de una Política.* La obra del historiador Pivel Devoto se cierra con una interesante colección de documentos, los cuales añadidos al desarrollo armónico del tema, configuran un aporte de consulta permanente para los estudiosos.

Ricardo Piccirilli.

Porras Barrenechea, Raúl: *Fuentes históricas peruanas.* Lima, Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva, editores, 1955, 606 pp.

En 14 capítulos presenta Raúl Porras su magnífica exposición —incluyendo algunas críticas— de las fuentes para quienquiera adentrarse en el estudio de la historia peruana. El A. es catedrático de ese curso en la Universidad de San Marcos de Lima, desde 1945, ha publicado varios libros de valiosa investigación sobre Historia del Perú, y es, además, historiador de seriedad a toda prueba.

En esta exposición van incluidas no sólo las fuentes propiamente históricas, sino que arranca desde la lingüística, pues siendo el Perú un país mestizo, con un regular porcentaje de indígenas que hablan todavía el quechua, aimara y demás lenguas o dialectos aborígenes, no puede prescindirse de tomar en cuenta esta circunstancia al considerar los hechos históricos. Es sabido que la primera dificultad que los conquistadores españoles tuvieron al llegar a las costas peruanas fue la diferencia del idioma, lo cual dio origen a muchas faltas de comprensión. Hasta se señala el hecho de que Atahualpa, al ser conminado por Fray Vicente Valverde para que acatara al Rey de España y adorara al Dios de los cristianos, presentándole el libro de los Evangelios que traía en las manos, no comprendió de qué se trataba, ya que en su vida había visto un libro, y el intérprete Felipillo —que era nativo de la costa y que, por lo tanto, ignoraba el quechua imperial— no supo traducir lo que el Inca le dijo, sino que lo inventó a su gusto. Por eso hay que señalar la importancia que la enseñanza del quechua tuvo en los primeros siglos de la colonización española y el interés que los gobernantes españoles tomaron en su enseñanza al punto de que se exigía a los sacerdotes que ejercían de curas de almas aprender el quechua antes de emprender su labor evangelizadora. La cátedra de quechua, fundada en 1577 por el Virrey Toledo, perduró 200 años; y este sólo hecho prueba la importancia que en aquellos tiempos se dio a la cuestión lingüística. Porras señala este hecho y recalca su importancia.

Otro aspecto muy importante de las fuentes, son los restos arqueológicos. El Perú, por haber sido uno de los dos focos principales de población aborigen en el Continente y por su antigüedad cultural, tiene una valiosísima fuente arqueológica. Porras estudia las diversas escuelas que se han sucedido en el estudio de esta ciencia, desde los primeros exploradores que llegaron al Perú como simples viajeros, pero con verdadera preparación científica para lo que después se convirtió en ciencia reconocida por los eruditos: la arqueología. Señala en particular la obra de E. G. Squier, el viajero norteamericano, cuyo libro no ha sido aún bien apreciado y ni siquiera traducido completamente, así como la del alemán Middendorf, que se halla en igual caso, o la del francés Vizconde de Sartiges de Lavandais, cuyo relato de viaje se mantuvo prácticamente desconocido hasta 1947 en que se publicó mi traducción de ese relato, hecha por sugestión de Jorge Basadre.

Los estudios arqueológicos en el Perú se iniciaron formalmente con la llegada al Perú del Dr. Max Uhle (1891), quien hizo las primeras excavaciones en forma científica, por lo cual se le llama el "padre de la arqueología peruana". Después llegaron nuevos exploradores norteamericanos y alemanes, principalmente, y alguno que otro francés. Muchos de ellos han publicado libros con las investigaciones que llevaron a cabo. Entre los peruanos, el Dr. Julio C. Tello, quien se inició en las investigaciones arqueológicas con el Dr. Uhle, fue quien realizó una labor magnífica descubriendo infatigablemente ruinas y cementerios precolombinos, revelando horizontes hasta entonces insospechados.

El A. revisa minuciosamente y comenta la importancia de los cronistas, delimitando los campos de cada quien. Entra luego en las fuentes de la Colonia y luego en las del movimiento emancipador para terminar con las de la República.

Hay que señalar que todo el estudio demuestra un orden perfecto y un método estricto, de manera que es muy fácil, para quien lo maneja, poder hallar exactamente el dato que busca, a pesar de la enorme cantidad de nombres de autores y de libros que este texto encierra. Los índices onomástico, analítico y de materias facilitan la revisión del trabajo en todo momento. Porras ha demostrado en todo el libro una sistematización admirable de las fuentes y hay que señalar, además, su excelente información, pues creo difícil que haya escapado a su ojo de historiador serio y erudito, algún nombre de quien haya proporcionado alguna fuente importante.

Por tratarse de un asunto por mí perfectamente conocido, debo señalar, sin embargo, un error de información, al mencionar la obra de Jorge Guillermo Leguía (p. 327), joven historiador peruano que murió en 1934. Habla Porras de "colecciones de sus ensayos truncos y artículos periodísticos que se titularon por los editores de Ercilla". Porras estuvo ausente del Perú desde 1933 hasta 1941 y, seguramente por ello, ignoró

cómo se editaron los libros de Jorge Guillermo Leguía. Fui yo quien reunió y compiló los ensayos truncos y sus artículos periodísticos y les puse nombre. La Editorial Ercilla recibió, por intermedio de Luis Alberto Sánchez (quien era por entonces sub-director de dicha empresa) los originales que yo mandé. Lo primero que publiqué, en Lima, fue *Don Ricardo Palma,* conferencia que Leguía dio en el ciclo de "La Semana de Palma" (en 1933) y que fue suprimida de la publicación de aquellas conferencias porque no acató la ortodoxia decretada para tratar la obra del tradicionalista y, al aparecer aquel volumen, ya fallecido Jorge Guillermo, la publiqué yo. Luego publiqué *Vidaurre,* que tampoco tuvo éxito editorial y, finalmente, la segunda edición de su *Historia de América,* que después entregué a sus familiares. Esta es la historia de la publicación de las obras de Jorge Guillermo Leguía. En el tomo último *Hombres e ideas en el Perú* (Santiago, 1941)) aparece una "advertencia" mía en la cual señalo la forma en que fueron hechos los libros. El libro de Porras es excelente y servirá de positiva y preciosa ayuda para todos los interesados en esta clase de disciplinas en el mundo entero.

Emilia Romero.

RODRIGUES, JOSÉ HONORIO: *A pesquisa histórica no Brasil. Sua evolução e problemas atuais.* Rio de Janeiro, Departamento de Imprensa Nacional, 1952. 286 (2) pp. (Ministerio da Educação e Saúde. Instituto Nacional do Livro. Biblioteca Popular Brasileira, XXX).

Como se advierte en el prólogo, consta esta obra de dos partes: una historia de las investigaciones históricas en el Brasil, y el proyecto de la creación de un Instituto de Investigaciones Históricas en dicho país.

Precede a la primera sección un breve estudio sobre los conceptos de investigación histórica, documento y testimonio. Sobre el primero, con un criterio verdaderamente ambicioso, el A. dice que debe entenderse por investigación: "el intento de conquista sistemático y organizado, de carácter público o privado, de los documentos escritos de valor histórico, existentes o depositados en los archivos públicos, autónomos, particulares y privados o de organizaciones comerciales, bancarias e industriales y en las secciones de manuscritos de las bibliotecas públicas". Claro que inmediatamente, con justo criterio, añade que el primer objetivo debe ser el de publicar listas, catálogos, inventarios de estos fondos para conocimiento de los investigadores.

Pasa después al objeto de la primera parte de su estudio reseñando cuidadosamente y con abundante bibliografía, las realizaciones de publicación y reseña de colecciones documentales, hechas en el Brasil a partir de la creación del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño en 21 de octubre

de 1838, el que, aprobando las iniciativas del historiador Cunha Cabral, inició esta tarea no sólo en los archivos brasileños sino en los extranjeros —inicialmente, Portugal y España— con la primera misión a cargo de José María Amaral.

En esta tarea analiza y expone la labor realizada por las misiones enviadas oficialmente a Europa, las debidas a la iniciativa particular y los diferentes trabajos realizados en el país en los Archivos centrales de la capital y en los de los Estados Unidos y ciudades. Por la fecha de la publicación del libro es evidente que el A. ha realizado una labor paralela a la de Virgilio Correa Filho en su obra *Missões brasileiras nos arquivos europeos* (México, D. F., 1952, 60 p.), completando esta obra por no haberse limitado a las misiones de investigación al extranjero, sino abarcando, también, lo realizado en el propio país. Este estudio demuestra lo acertado de la iniciativa de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia al dedicar especial atención a la consideración de los trabajos de las comisiones enviadas por los países americanos a los archivos europeos, publicando, además del trabajo de Correa Filho, ya citado, los de Carrera Stampa, *Misiones mexicanas en los Archivos Europeos* (México, D. F., 1949); Roscoe R. Hill, *American Missions in European Archives* (México, D. F., 1951); Alejandro Soto Cárdenas, *Misiones chilenas en los Archivos Europeos* (México, 1953); Raúl A. Molina, *Misiones argentinas en Archivos Europeos* (México, D. F., 1955), y Joaquín Gabaldón Márquez, *Misiones venezolanas en los Archivos Europeos* (México, D. F., 1954). Termina esta sección con la propuesta de la creación de un inventario general de los acervos de todos los archivos, de las colecciones formadas por entidades oficiales o privadas y un archivo central de microfilms de los archivos provinciales, municipales y extranjeros.

En la segunda parte expone el programa de trabajo del Instituto de Investigaciones Históricas, cuya creación propone. Cita los más importantes creados en diversos países, su sistema, organización y publicaciones más importantes. En esta parte del trabajo tiene positivo interés el capítulo destinado a estudiar la forma de aprovechar el microfilm —pp. 220-224— y el desarrollo de su iniciativa de crear el Archivo Central de este material. Con certera visión, además de exponer la labor a realizar en cuanto al inventario y catalogación de los fondos documentales, considera que una de las funciones primordiales del Instituto debe ser la formación de archiveros e investigadores.

En resumen, aporta el A. datos muy importantes sobre el estado de las investigaciones históricas en el Brasil y da sugerencias dignas de atención y estudio.

José Ignacio Mantecón.

Instituto de Investigaciones Estéticas,
Universidad Nacional, México.

SBARRA, NOEL H.: *Historia del alambrado en Argentina.* Buenos Aires, Editorial Raigal, 1955, 85 pp.

Toda disciplinada labor histórica urgida por penetrar las características esenciales y dominantes de los seres y las cosas, que han dado en poblar el paisaje de la heredad común, tendrá siempre, de aca en más, un valor documental permanente y un soplo vigoroso necesario, para poder desentrañar los ciclos cumplidos por la sociabilidad incipiente y la fisonomía cultural que individualiza y distingue a una colectividad.

De tal preocupación se ha sentido responsable en esta emergencia el señor Noel H. Sbarra, al entregarnos en su libro *Historia del alambrado en Argentina,* la reconstrucción iluminada de un material inerte. Su trabajo constituye una biografía de lo inanimado, que promete cruzar con lozanía el tiempo más que la de muchos personajes sin historia llevados a las galerías familiares de la historia.

Ajustado a un desarrollo orgánico, ábrese este libro con una breve referencia destinada al *tiempo de los cabildantes,* donde se da noticia del origen de los primeros repartimientos y límites de las tierras asignadas por Juan de Garay al tiempo de fundar Buenos Aires. Jugó entonces principal papel el alarife Francisco Bernal "medidor de tierras, quadras y solares", al circunscribir y dar rumbo a predios y parcelas con suerte varia para los vecinos y pobladores, hasta que andando el tiempo, determinará un más claro concepto de propiedad la disposición del Cabildo porteño de 16 de agosto de 1610.

La auténtica historia del límite fijo la inicia el autor con el estudio de *La Zanja,* cuya importancia y cometido destaca en casi todo el transcurso del siglo XVIII, sin omitir el avance de su evolución como defensa del solar privado, del fortín solitario y de la marca de la civilización sobre el desierto en la zanja proyectada por D. Adolfo Alsina en 1876, que abierta en la zona de Trenque Lauquen se extendió sin éxito sobre un frente de setenta leguas. Viene así, a través de estadios de esfuerzos cubiertos por el hombre de nuestras praderas, al estudio de los *Cercos vivos con espinas,* donde alternan el ñapindá, el tala blanco, la tuna; propicia esta última para anotar una alusión sobre Tomás Grigera, el "Alcalde de las quintas", elemento de acción del momento revolucionario del 5 al 6 de abril de 1811, y autor del primer "Manual de Agricultura" criollo. Se detiene luego a considerar los *Corrales de hierro,* destinados a contener los primeros planteles de ovejas finas traídos por los pioneros de la grandeza ovina argentina, de donde trascienden los nombres de Halsey, Sheridan, Whitfield y Harrat, dueños los tres últimos de una de las estancias modelo en su género para la época: "Los Galpones", situada entre San Vicente Ranchos en la provincia de Buenos Aires.

Sbarra muestra en su obra la hora del *Primer alambrado,* y lo hace, a

través de la vívida descripción del viajero inglés Mac Cann, que una tarde se apeara en la estancia "Santa María" situada a diez leguas de Chascomús, junto al Sanborombón, y de propiedad de don Ricardo Newton. Pasa revista de la vida de la estancia, y al referirse a su dueño, nos entera, que después de haber regresado éste de Inglaterra, tras el fracaso de un primer intento, hizo venir al país por el barco "Chalec" cien atados de alambre y quinientas varillas de hierro para su campo. Surgió así en el año 1845 el cerco metálico con que fue comprendido el perímetro del parque y el monte de "Santa María". Era el primer alambrado levantado en el país; Newton resultaba el precursor del loteo de la pampa.

Con amena concisión establece el autor las discusiones promovidas en la *Tertulia de Guerrico* entre los grandes ganaderos de la época sobre las ventajas e inconveniencias del novedoso invento, y se detiene de intento en intento para darnos en cumplida información, datos y referencias de *El Cónsul de S. M. el Rey de Prusia,* don Francisco Halbach. Fue este don Francisco, un encariñado de las costumbres y las cosas de nuestro campo, a punto tal que en 1850 trueca sus actividades y aparece como propietario de la estancia "Los Remedios", en el partido de las Cañuelas, a siete leguas de Buenos Aires. Allí, en las tierras donde hoy se encuentra el aeropuerto de Eseiza, Halbach emprendió tareas rurales, que encomió Sarmiento, y fue el primer hacendado en el país que rodeó todo el perímetro de su estancia con alambrado. El buen ejemplo cundiría y la implantación del cerco de alambre sería cuestión de tiempo. El autor ha sabido calar en su tema esta mutación evolutiva, y a expensas de citas y narraciones coloridas, muestra en las páginas de su pequeño volumen, el azoramiento y la detención experimentados por el *indio frente al alambrado;* el año denominado del alambre en 1855 en que la ley de aduana consigna el impuesto respectivo al producto; las grandes parcelas de tierra alambradas surgidas en el decenio de 1868-1878, en las viejas estancias criollas como "San Juan", de Leonardo Pereyra, "Caquel Hiuncul" y "La Peregrina". La aparición por último del alambrado de púa exhibido por Mariano Zamboni en la exposición de la rural en Palermo en el año 1878, le sirve para mostrar de manera definitiva, cómo perdió vigencia el pensamiento de Sarmiento: "Antes del alambrado podía decirse todo el país es camino".

El señor Sbarra ha utilizado para la redacción de esta interesante contribución histórica, fuentes documentales y narraciones contemporáneas de insospechable solvencia; cien citas bibliográficas atinentes asignan conocimiento y calidad en la elección del asunto, que corre expuesto en prosa ágil y limpia. Mas si toda la labor antes dicha trasunta interés, corresponde anotar, que también está impregnado de él la idea animadora de la *Colección Campo Argentino,* por la cual el autor se propone lanzar al mercado obras de diversos historiadores argentinos, donde el enunciado de algunos de los títulos, tales como: *Breve historia de la colonización agrí-*

cola en la Argentina, Los hombres del surco, Rastrilladas huellas y caminos, De la carreta al ferrocarril son exponentes señeros del acervo de la cultura histórica, necesarios de ser entregados al pueblo para una más exacta identificación con el pasado y feliz elaboración del porvenir.

Ricardo Piccirilli.

SILVA LEZAETA, LUIS: *El conquistador Francisco de Aguirre.* Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, 1953, XV, 489 pp.

GREVE, ERNESTO: *El conquistador Francisco de Aguirre. Comentarios y complementos al libro del Pbro. Luis Silva Lezaeta.* Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina, 1953, 204 pp.

La biografía de Francisco de Aguirre debida a la pluma de monseñor Silva Lezaeta continúa siendo, después de transcurridos cincuenta años, la más completa y mejor documentada que poseemos del recio compañero de Valdivia. Muchos documentos nuevos han sido publicados desde entonces, pero sin que haya surgido todavía el historiador dispuesto a servirse de ellos para darnos un estudio definitivo sobre tan famoso personaje. Si a esto añadimos que el trabajo de monseñor Silva Lezaeta fue publicado en una revista casi imposible de hallar hoy en los medios científicos y que la tirada aparte hecha después es también rarísima, parecerá más que justificada esta reedición que ahora incluye entre sus publicaciones el Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina.

Aunque Silva Lezaeta exagera quizá un tanto la importancia de su biografiado, Francisco de Aguirre fue personaje de real importancia en la conquista de Chile y del Tucumán. Castellano como varios de los compañeros de Valdivia, Aguirre —ya veterano de las guerras de Italia— llegó al Perú cuando las disensiones de los Pizarro y los Almagro empezaban a turbar la tierra. Conservóse fiel al marqués Francisco Pizarro. Después de la derrota y ejecución de Almagro el *Viejo* (1538) actuó brillantemente en el Alto Perú, llegando a desempeñar, a nombre de Pizarro, el gobierno de la provincia de los Charcas. Desde allí decidió alistarse en la expedición de Pedro de Valdivia para la conquista de Chile; ambos capitanes se reunieron en el oasis de Atacama a mediados de junio de 1540. Vino después la marcha hasta Santiago, de la que fue Aguirre alcalde y a la que defendió heroicamente contra los indios alzados. Tocóle más adelante la dura tarea de pacificar el norte de Chile y de volver a poblar la ciudad de La Serena, que los indios habían destruido y de la que puede decirse fue el verdadero fundador. Domeñado el norte de Chile —no sin acompañamiento de grandes crueldades— el victorioso caudillo fue mandado como gobernador del

Tucumán por Valdivia, que pretendía la jurisdicción sobre aquellos territorios. De hecho, gobernaba ya allí Juan Núñez de Prado, con legítimo nombramiento expedido por el Presidente La Gasca. Aguirre era el hombre apropiado para la nueva empresa, pues tenía valor, resolución y pocos escrúpulos legalistas y humanitarios. Se apoderó del Tucumán y de la persona de Núñez de Prado, desterró a los partidarios de éste —incluso a los eclesiásticos— y parece que logró adelantar con paso firme los trabajos de conquista y colonización de la tierra.

Aguirre había empleado en tales actividades todo el año de 1553. El 1º de enero de 1554 perecía Valdivia a manos de los araucanos y este suceso vino a trastornar profundamente la situación tanto en Chile como en el Tucumán. Aguirre y Francisco de Villagrán se disputan el gobierno de Chile, sumiendo al país en latente guerra civil hasta que, en 1557, el virrey del Perú, Marqués de Cañete, mandó como gobernador a su propio hijo, D. García Hurtado de Mendoza, quien embarcó presos para Lima a los dos rivales. Sin reconciliarse en la mutua desgracia, ambos consiguieron rehacer sus fortunas políticas: Villagrán volvió al gobierno de Chile (1561) nada menos que como sucesor de Hurtado de Mendoza, y Francisco de Aguirre consiguió que el nuevo virrey del Perú, Conde de Nieva, lo restaurase en el gobierno del Tucumán (fines de 1562) llegando esta nueva a Chile por el tiempo en que Francisco de Villagrán veía truncadas por la muerte (22 de junio de 1563) sus ambiciones de mando. Fue Aguirre a tomar posesión de su gobierno en octubre de 1563, batalló victoriosamente con los diaguitas y calchaquíes rebeldes y a principios de 1564 fundó la ciudad de *San Miguel del Tucumán*. Trató de abrirse paso hacia el este y asentar otra fundación sobre el sistema fluvial del Río de la Plata, que diese a su gobernación —lo mismo que a los vastos territorios de Chile y Perú— una salida más fácil hacia España. Pero éste y otros proyectos tropezaron con graves dificultades. Atacado vigorosamente por los indígenas y desmoralizados en consecuencia sus propios soldados, tuvo Aguirre que retroceder hacia su capital de Santiago del Estero desde un punto que, según se afirma, sólo distaba quince leguas del río Paraná, donde intentaba establecer la nueva fundación. Antes de llegar a Santiago del Estero, estalló un motín entre sus tropas y Aguirre, con sus capitanes, fue reducido a prisión. Llevado a Chuquisaca y sometido allí a proceso por la Inquisición, se le condenó a que abjurase públicamente una serie de proposiciones heréticas o escandalosas, que se le habían atribuido. Hecho esto ante el obispo de Chuquisaca, que era el célebre dominico Fr. Domingo de Santo Tomás, Aguirre fue restablecido en su gobierno del Tucumán (1569); pero entregóse allí a represalias contra sus enemigos, hízose odioso al vecindario y desmandóse de tal forma contra el vicario eclesiástico que no tardaron en llover contra él nuevas acusaciones de herejía ante la recién establecida Inquisición de Lima. Fue el fin de Aguirre. Preso por orden

del virrey Toledo y llevado a Lima, siguiósele allí un largo proceso lleno de irregularidades jurídicas y en el que nada importante pudo probársele en el terreno de la fe y moral; sin embargo fue condenado a abjurar públicamente y a perpetuo destierro "de las provincias del Tucumán". En abril de 1576, viajó Aguirre a su casa de La Serena, donde pasaría los últimos años de su vida. Allí falleció el 25 de febrero de 1580. Su viejo compañero y amigo Rodrigo de Quiroga, que entonces gobernaba en Chile, prestóle su apoyo en la desgracia.

Silva Lezaeta acomoda su relato a este orden cronológico. Como apéndice, expone la descendencia de Aguirre en Chile, que ha perdurado hasta nuestros tiempos. En conjunto, se trata de una obra bien documentada, escrita con serenidad y sencillez. El autor domina por completo el tema y aparte del estudio prolijo de las fuentes, tiene la ventaja de haber conocido personalmente una gran parte de los lugares en que se desarrollaron los hechos. No puede tachársele de parcialidad, puesto que no calla los aspectos menos favorables del carácter y de las acciones de su biografiado. Es evidente, sin embargo, su admiración por Aguirre y ello hace comprensible la tendencia apologética que se percibe en la obra. Por ello, o por falta de verdadera penetración crítica, exagera el valor de algunos documentos. Creo que las cartas de Aguirre no tienen la importancia probatoria que parece concederles el autor; es natural que él pondere sus propias acciones. Las informaciones de servicios están llenas de testimonios interesados y falsos; encierran valor histórico, desde luego, pero no en todo lo que dicen. A través de lo que nos dice el propio Silva Lezaeta, Aguirre aparece como hombre valeroso, guerrero avisado y colonizador inteligente; pero nos da, al mismo tiempo, la impresión de que la ley —tanto la de Dios como la de los hombres— le importaban bien poco. La dureza de los tiempos y el ejemplo de otros conquistadores y colonos podrá explicar ciertos excesos, mas no puede constituir disculpa válida cuando se trata del quebrantamiento de la ley natural. Tal sus crueldades en Copiapó y Coquimbo (pp. 154 ss.) y su desenfadada entrega a la lujuria, hasta atribuírsele cincuenta hijos naturales (p. 445). Sus infortunios y trabajos nos conmueven menos, si pensamos lo que hizo él con sus enemigos y con cuantos halló interpuestos en su camino. Lo que dice sobre el gobierno del Virrey de Cañete y de su hijo D. García en Chile responde a un juicio que la crítica contemporánea ha comenzado ya a revisar. Que los procesos inquisitoriales de Chuquisaca y Lima hayan sido influenciados por consideraciones políticas y que, en consecuencia, la Inquisición haya carecido de base seria para el proceso de Aguirre, no significa que éste se hallase exento de culpa. Aguirre fue hombre duro y desenfadado, no sólo en su conducta sino en sus dichos y afirmaciones, que ciertamente eran, si no formalmente heréticas por falta de intención— sí escandalosas e impertinentes.

En torno a la biografía de Aguirre, el autor acumula una cantidad

inmensa de otras noticias sobre personas y hechos de aquel tiempo. Ello acrecienta la importancia de la obra para el conocimiento de la historia del Perú, Chile, Bolivia y Argentina en el siglo XVI.

Los "Comentarios y complementos" de Ernesto Greve ofrecían la mejor ocasión para la puesta al día de la obra de monseñor Silva Lezaeta, mediante la rectificación de posibles errores y la utilización de nuevas fuentes. Greve va siguiendo la exposición del biógrafo de Aguirre y trata de esclarecer aquí y allá varios puntos. Las rectificaciones son pocas; en general, se limita a ampliar lo escrito por Silva Lezaeta, con testimonios tomados de las mismas fuentes o de estudios posteriores. Así puntualiza Greve que Francisco de Aguirre no fue "primer alcalde" de Santiago, cargo inexistente, sino uno de sus alcaldes ordinarios; que Valdivia no pudo tener interés en ocultar el nombramiento de "teniente de gobernador" que le había dado Francisco Pizarro, con el intento de atribuirse mayor autoridad, pues él mismo usó de tal título en documentos oficiales y, llamándose tal "teniente de gobernador", se hizo elegir "gobernador" por el Cabildo de Santiago el 10 de junio de 1541; que no es explicable la sorpresa de Valdivia y los suyos al encontrar que Tarapacá era encomienda de Lucas Martínez, siendo éste hermano de Francisco Martínez de Vegaso, uno de los mayores cooperadores de Valdivia en dinero y auxilios materiales; que no pasa de ser una suposición la de que Bartolomé Flores, uno de los primeros compañeros de Valdivia, se apellidaba "Blumen". Analiza y hace observaciones valiosas a la minuciosa descripción de caminos y jornadas hechas desde el Cuzco a Chile por la expedición de Valdivia, que nos da Silva Lezaeta (pp. 55-68); sobre el lugar y fecha de fundación de la ciudad de Santiago; sobre las circunstancias en que Valdivia, hasta entonces teniente de Pizarro, fue nombrado gobernador por el Cabildo de Santiago (pp. 83-87); sobre encomiendas y repartimientos de indios, fundación de La Serena, participación de Valdivia en la campaña contra Gonzalo Pizarro (pp. 108-118), sus pretensiones sobre el Tucumán, el límite alcanzado por Valdivia en sus exploraciones hacia el sur de Chile, etc.

De este modo, agrega Greve un gran caudal de datos y observaciones que permiten conocer mejor la vida de Francisco de Aguirre y arrojan nueva luz sobre distintos hechos relacionados con sus actividades. Greve es crítico desapasionado, bien informado y juicioso. Su obra es útil y bien ha hecho el Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina en publicarla como complemento de la de monseñor Silva Lezaeta. Tratándose de dos obras escritas principalmente para eruditos, nos parece que no vale la pena el señalar ciertos errores intrascendentes que en ellas se encuentran.

Lino G. Canedo, O. F. M.

Academy of American Franciscan History,
Washington, D. C.

THORNING, JOSEPH FRANCIS: *Miranda: World Citizen.* Gainesville, Florida, University of Florida Press, 1952, 324 pp.

Lejos de ser una biografía más, esta obra del Doctor Thorning hace revivir en manera notable al Precursor de la independencia hispanoamericana, Francisco de Miranda. Rica en detalles de sumo interés, haciendo sobresalir el aspecto humano de Miranda, el libro presenta magistralmente al hombre, al viajero, al político y, finalmente, al héroe de su patria.

Conocedor personal de varios países de la América Latina y de Europa, investigador infatigable del famoso "Archivo del General Miranda" y de otros documentos en las principales bibliotecas de tres continentes, el A. merece todo el prestigio que este libro le ha otorgado. Además, el estilo llano y las descripciones gráficas de los hechos y de las experiencias personales del Precursor, contribuyen, en gran parte, a la grandeza de esta *historia de una vida fabulosa.*

Esforzándose por entrar en los íntimos pensamientos y actitudes del Precursor, presenta a Francisco de Miranda en un aspecto nuevo, casi novelesco, sin perder de vista los acontecimientos históricos.

Junto con estos caracteres esenciales del libro, el lector sentirá la fuerza de los juicios tan acertados que revelan una comprehensión justa del mundo hispanoamericano: sus costumbres, sus virtudes y sus faltas.

El libro lleva dos introducciones escritas, una por Galo Plaza, ex presidente de la República de Ecuador, y otra por Sumner Welles, ex subsecretario de Estado de los Estados Unidos.

Francisco de Miranda nació en Caracas, Venezuela, el 28 de marzo de 1750. Después de haber terminado sus estudios con éxito extraordinario en la Real y Pontificia Universidad de aquella ciudad, el joven Francisco, de veinte años de edad, optó por embarcarse a España. Cuatro años más tarde, el criollo caraqueño fue nombrado Capitán en la Infantería selecta de la Princesa. Durante los años siguientes, Miranda sirvió, primero en Marruecos y luego en las Antillas, Luisiana y Florida, participando en los esfuerzos de la flota francesa para frustrar los intentos de Inglaterra de impedir la independencia de las colonias norteamericanas.

En 1783, Miranda dejó el servicio militar e inició los años de viajes y de experiencias fabulosas en los Estados Unidos, los países europeos, incluyendo a Turquía y a Rusia, hasta 1810, cuando a la edad de sesenta años, el Precursor volvió a su tierra natal.

Fue precisamente durante esta época de su vida en que Francisco de Miranda se hizo "ciudadano del mundo". Conoció a George Washington, Thomas Jefferson, Alexander Hamilton y los Adams, discutió sus propósitos para la independencia de hispanoamérica con William Pitt y Sir Arthur Wellesley, fue el favorito en las cortes de Catalina de Rusia y aceptó el grado de general en las fuerzas revolucionarias de Francia. Su interés

en todo, su cúltura extraordinaria y su afable carácter le abrieron las puertas de los palacios europeos así como de las mansiones de todos los "notables" de la política mundial de la época. Fue el viajero de mayor itinerario de sus tiempos, pero no simplemente como turista, puesto que durante estos viajes, estudió las tácticas militares de los mejores ejércitos de Europa, llenó su alma con lo más bello de las artes y se interesó sobre manera por todo lo que ayudaba a dignificar al hombre dentro del ideal de "libertad y orden". Todo lo visto por él fue apuntado y archivado y así fue acumulando un tesoro de conocimientos y experiencias que algún día serían provechosos para promover la independencia de su patria.

Unos cuantos capítulos del libro están dedicados a la actividad de Miranda como partícipe directo en la campaña de independencia. Junto con Simón Bolívar, el Precursor vio, el 5 de julio de 1811, realizarse su sueño: Venezuela fue el primer país hispanoamericano que se separó de la Madre Patria. Sin embargo, la falta de organización y de unidad de pareceres entre las filas insurgentes, dieron "le coup de grace" a estos primeros intentos de establecer el gobierno autónomo. Miranda se vio obligado a ceder a las fuerzas mayores del ejército español de Monteverde que entraron en Caracas el 30 de julio de 1812. Al día siguiente, al embarcarse en un bergantín inglés, Miranda fue hecho prisionero. Finalmente, llevado al presidio de Cádiz, el "ciudadano del mundo" y Precursor de la libertad hispanoamericana, el amigo de los hombres más notables de su tiempo, murió solo, el 14 de julio de 1816.

Varios incidentes íntimos de la vida de Miranda durante "le gran tour" de Europa no fueron de lo más edificante. Aunque el A. se documentó en el diario y las cartas, la frecuente mención de los múltiples amoríos de Miranda, así como las referencias generales al carácter latino, en realidad, no ayudan mucho para hacer comprender su personalidad. Quizás se ha dado demasiada importancia al aspecto de Miranda como "Don Juan", llegando, a veces, hasta excederse narrando sus muchas aventuras. Además, resultaría lamentable deducir de esto la idea de que todos los prohombres de la revolución hispanoamericana participaron de debilidades semejantes.

Otra impresión discutible podría formarse de la mención del Abate Juan Pablo Viscardo, ex Jesuita del Perú: *The name of a Peruvian Priest catches the historian's eye on this list. It is that of Juan Pablo Vizcardo y Guzmán (alias Rossi). Endowed with brilliant literary gifts, Vizcardo y Guzmán, an adventurer after the heart of Miranda, gave up the priesthood and lived by his wits* (p. 43). Hay que notar que Viscardo nunca recibió las órdenes sacerdotales sino que, siendo novicio de la Compañía de Jesús, en el Perú, se trasladó a Italia con su hermano José Anselmo y los demás jesuítas exilados por orden de Carlos III. Además, no hay indicios ciertos que Juan Pablo pidiera dispensa de sus votos religiosos a la Santa Sede, como en efecto lo hizo su hermano. En cuanto sabemos, Juan Pablo,

siempre utilizó el título "abate" que en aquellos tiempos fue aplicable también a los clérigos, aunque éstos no hubieran recibido las órdenes sagradas. En cuanto a su famosa *Lettre aux Espagnols Américains,* hay que apuntar que la primera edición escrita en francés y aparecida en Londres en 1799, llevó el falso pie de imprenta de Filadelfia, cuando en realidad se imprimió en la capital inglesa. El A. aceptó la información errónea de la portada del folleto citado.

Entre las varias obras publicadas durante los últimos años sobre Miranda y su actividad incansable, el presente libro del Dr. Thorning debe considerarse entre los mejores.

Sin disminuir la importancia de los excelentes estudios de William Spence Robertson, Mariano Picón-Salas, Jorge Ricardo Vejarano y otros más, el mérito de esta obra radica especialmente en que hace revivir de modo extraordinario, no sólo los hechos históricos de la época, sino también la personalidad compleja del Precursor.

Norman F. Martin.

Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México,
México, D. F.

VARGAS UGARTE, RUBÉN: *Historia del Perú. Virreinato (siglo XVII).* Buenos Aires, Imp. López, 1954. 501 pp., 3 ils.

El P. Rubén Vargas Ugarte, S. J., infatigable bibliófilo e historiógrafo, acaba de publicar el tomo II de su *Historia General del Virreinato Peruano,* correspondiente al siglo XVII, el menos conocido lapso de nuestra vida colonial. El tomo I fue impreso el año 1949, como ordenada sistematización de sus lecciones dictadas en la Universidad Católica —que fueran editadas en 1935.

Este impreso, dedicado al siglo XVII, consta de 14 Capítulos, con sendas bibliografías básicas y notas acerca de la bibliografía utilizada en cada uno. Trae la obra, en su parte inicial, un índice de materias, una referencia de los archivos y bibliotecas consultados, de las siglas más usadas; y en la parte final, un Apéndice con dos importantes documentos: a) *Gastos* hechos por el P. Cristóbal de Acuña en su viaje de Quito a Madrid (1642), y b) *Memorial* de don Juan de Padilla sobre los Indios (1657), y un índice onomástico. El rol de publicaciones del autor muestra tres rubros genéricos, impresos en las "orejas" del libro.

La obra sigue el desarrollo cronológico del gobierno virreinal, durante los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, es decir, desde el virrey Luis de Velasco hasta el Conde de Monclova. Los seis iniciales capítulos

refiérense a las dos primeras décadas del siglo XVII (reinado de Felipe III) en los que gobernaron los virreyes, Velasco, el Conde de Monterrey, el Marqués de Montesclaros y el Príncipe de Esquilache. Destácase el aspecto religioso y la obra constructiva de Velasco (1596-1604); las fundaciones, entradas, repoblación de Arequipa y la expedición marítima a las islas Salomón, acaecidas durante el gobierno del Conde de Monterrey (1604-06); la importante obra económica y administrativa del Marqués de Montesclaros (1607-15); y la múltiple y constructiva gestión del Príncipe de Esquilache (1615-21), con algunos acertados reparos del autor. Como una constante de este lapso, aparecen las renovadas correrías de piratas y corsarios. Los capítulos VII-X corresponden al gobierno de Felipe IV, en cuya época dirigen el Perú los virreyes Marqués de Guadalcázar, Conde de Chinchón, Conde de Salvatierra, Conde de Alva de Liste y Conde de Santistevan. Destácase la lucha entre Vicuñas y Vascongados en Potosí, y la defensa del Callao contra el ataque de los piratas holandeses hecha por el Marqués de Guadalcázar (1622-29); las medidas económicas, la entrada de Texeira y el descubrimiento de la Quina en tiempos del Conde de Chinchón (1629-39); la preferente atención por la defensa militar del Perú, el amurallamiento del Callao, la visita que hizo al mineral de Huancavelica, bajando al interior de las minas y conociendo personalmente las desastrosas condiciones de vida del mitayo, del Marqués de Mancera (1639-48), en cuya época fue introducido el uso del papel sellado; del Conde de Salvatierra (1648-55) destaca su renovado interés por el estado de los Indios, especialmente en lo que concierne a la mita de minas, recordando de paso la construcción de la pila de nuestra Plaza de Armas —subsistente aún— y el famoso terremoto cusqueño de 1650; del Conde de Alva de Liste (1655-61) examina la crisis que durante su gobierno sufrió el comercio peruano, los ataques piráticos sufridos en la ciudad de Buenos Aires, su política pasiva respecto a la situación minera y las pintorescas andanzas del famoso andaluz Bohorques —antecedente histórico de la posterior actividad del jefe rebelde Juan Santos—; y del período del Conde de Santistevan (1661-66) su "Ordenanza de Obrajes" —redactada como directa consecuencia del *Memorial* de Padilla— y el levantamiento de mestizos ocurrido en La Paz. Finalmente, los capítulos XI-XIV corresponden al reinado de Carlos II, lapso en que gobiernan los virreyes Conde de Lemos, Conde de Castellar, Arzobispo Liñán y Cisneros, Duque de la Palata y Conde de la Monclova. Del período del Conde de Lemos (1667-72) destaca los sucesos de Laicacota, encabezados por los mineros Salcedo en la provincia de Paucarcolla (Puno), en cuya ocasión quedó gobernando la virreina doña Ana de Borja —con la colaboración del famoso oidor limeño Ibarra—, el interés del Virrey por la vida de los Indios, los disturbios en la Universidad de San Marcos, lo que dio lugar a la visita hecha por el oidor Cornejo y un posterior plan de reformas presentado por el oidor

Ibarra; del Conde de Castellar (1674-78) releva su cuidado por el ordenamiento de la administración pública y sus medidas para la defensa militar del Perú; del breve gobierno del arzobispo Liñán Cisneros (1678-81) destaca su actividad en defensa del litoral; del Duque de la Palata (1681-89) su incesante actividad constructiva, tipificada por su empadronamiento de los Indios para un mejor control general y aplicación a los trabajos mineros, cuyas normas objetivó en sendas *Instrucciones* a Corregidores y Obispos, asimismo su lucha contra piratas y corsarios, recalcando que los saqueos de Davis en diversos e importantes lugares de nuestra costa fue lo que decidió el amurallamiento de Lima y de Trujillo; recalca también los obstáculos que el Virrey halló en algunas de sus gestiones, particularmente en las cuestiones relacionadas con el Patronato, su ensayo de pacificar a los Indios del Chaco —cuyas intermitentes correrías acarreaban considerables perjuicios—, haciendo notar que lo irrealizable por las armas lo consiguió la persuasión de los Misioneros; algunas fundaciones importantes, como la de Chorrillos y, entre los aspectos infaustos, el terremoto limeño de 1687; por último, del postrer virrey Conde de la Monclova (1689-1700) examina la parte cronológica correspondiente al siglo XVII, donde se hace ostensible su afán por reconstruir la Ciudad de los Reyes, una constante inspección del comercio, la defensa de las costas ante el ataque renovado de piratas, los ensayos por aliviar las condiciones de vida imperantes en las mitas mineras de Huancavelica y Potosí y su previsora labor de contener los tesoneros avances portugueses sobre la hoya amazónica nuestra. Otras medidas que completan el lapso gubernamental del Conde de la Monclova no son abordados por trascender el siglo histórico estudiado y formar parte del lapso cronológico correspondiente al reinado de Felipe V, iniciación del predominio francés en los territorios del Imperio español.

Daniel Valcárcel.

VARGAS UGARTE, RUBÉN, S. J.: *La Carta a los españoles americanos de Don Juan Pablo Vizcardo y Guzmán.* Lima, Editorial del CIMP, s. f. [1955], 131 pp., 24.7 cm., ils.

Bien conocido y estimado es el Autor, lo mismo como investigador, que ha publicado *Biblioteca Peruana. Manuscritos e Impresos.* 8 vols. y *Biblioteca Histórica Peruana,* 6 vols.; que como fecundo y exacto historiador, por su *Historia del Perú, Virreinato,* t. I, *Siglo XVI,* y t. II, *Siglo XVII* y su *Historia de la Iglesia en el Perú,* t. I, *1511-1568,* aparte de varios otros libros y muchos artículos.

Sobre Viscardo —que él escribe Vizcardo— ha investigado y publicado también mucho y aportado valiosos datos.[1]

El presente libro contiene, después de la Introducción, una biografía de Viscardo en cuatro capítulos. Luego, otros tres, en los que el Autor trata de "Los jesuitas y la emancipación: opiniones divergentes. La preparación ideológica de la emancipación y parte que les cupo en ella a los jesuitas americanos", "Los jesuitas peruanos y su labor americanista en el destierro" y "Análisis de la Carta a los Españoles Americanos y su difusión en Europa y América". Trae, en fin, el texto de la Carta a los Españoles Americanos con las notas de Viscardo y algunas más, añadidas por el P. Vargas Ugarte.

Como se advertirá, esta obra coincide en muchas partes con la reciente (1953) de otro distinguido historiador jesuita, el P. Miguel Batllori, intitulada *El abate Viscardo. Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la Independencia de Hispanoamérica.*

Una y otra obra tienen sus propios y excelentes méritos, aunque enfocando el estudio de Viscardo desde diferentes ángulos —inevitablemente subjetivos. El de Batllori es europeo, peninsular, un poco extraño al asunto. El de Vargas Ugarte, peruano e hispanoamericano, más propio del tema y más adecuado para comprenderlo.

El presente libro señala las diferencias.

Es de notar, que, aun cuando la Carta a los españoles americanos fue bastante difundida en la época de la emancipación, Viscardo cayó en el olvido, y que es reciente la reivindicación de éste como precursor en la Independencia Hispanoamericana.

Su Carta es un penetrante y verídico análisis de la situación de la América Española, que incitó a sus habitantes a luchar por independerse de su Metrópoli.

El P. Vargas Ugarte, cotejando la biografía de Viscardo con su *Carta a los españoles americanos*, dice justamente: "Pero, a decir verdad, por muy interesante que fuera la biografía de D. Juan Pablo —y no lo es, dado que su vida transcurre en la oscuridad y el aislamiento del destierro, salvo en los últimos años en que, a la noticia del levantamiento de Túpac Amaru, comienza a moverse a fin de ayudar a sus hermanos los oprimidos indígenas del Perú—, lo que nos importa conocer y poner de manifiesto son sus ideas sobre la libertad de América. Su Carta es "el pedestal" de su grandeza y la que lo eleva a gran altura. Lo demás queda en segundo plano. Por esta razón hemos dado a este estudio el título de su obra maestra..."

José Bravo Ugarte.

1 No sólo en la partida de bautismo, en la que "se lee claramente Viscardo" —dice el P. Batllori, *o. c.*, p. 17—, sino en firmas de D. Juan Pablo se lee también Viscardo *(Ibid.*, p. XCI, y *Vargas Ugarte*, il. entre las pp. 96 y 97).

WEISS, IGNACIO: *Voci d'esuli dal Rio della Plata.* Rassegna Storica del Risorgimento Anna XLI, Fasc. 2-3. Roma, aprile-settembre 1954, p. 632-642.

E' una delle comunicazioni più interessanti per gli studiosi italiani, data la messe di notizie sconosciute o poco note fornite dal Weiss. Questi ha trattato l'apporto dato all'Argentina ed all'Uruguay da un piccolo gruppo di intellettuali italiani, esuli politici, nella prima metà del sec. XIX; prima, cioè, della grande emigrazione italiana di lavoro, che doveva verificarsi nella seconda metà dell'Ottocento.

Durante la effimera presidenza di Bernardino Rivadavia giunsero in Argentina, da lui chiamati, alcuni intellettuali italiani. Il prof. Pietro Carta, di Torino, condannato a morte per i moti studenteschi del 1821, insegnò fisica e medicina e fondò il primo gabinetto di fisica a Buenos Aires. Con lui giunse il dottor Carlo Ferraris, prima suo aiutante e poi farmacista. Il prof. Fabrizio Ottavio Massotti, di Novara, compromesso nei moti di Milano, fu chiamato a Buenos Aires per l'insegnamento della astronomia e vi fondò il primo osservatorio astronomico. L'ing. Carlo Enrico Pellegrini, fuggito da Torino dopo il 1821, fu l'illustratore grafico della Buenos Aires di allora, ritrattista dell'alta società, editore della "Revista del Plata" e costruttore-architetto del primo Teatro Colón.

Ma il personaggio che ebbe maggiore influenza sullo sviluppo della cultura argentina fu l'esule napoletano Pietro de Angelis: "nessun argentino perdonò al de Angelis, né gli perdona oggi ancora —scrive Ignazio Weiss—, di aver servito il dittatore Rosas; ma sarebbe ormai tempo che, messe da parte le passioni di allora, si riconoscesse l'incontestabile affermazione che l'influenza avuta da Pietro de Angelis nello sviluppo della cultura in Argentina è stata di prim'ordine sia nel campo del l'istruzione che in quello degli studi storici e politici, tanto nel giornalismo, quanto negli studi geografici ed economici, esempio di serietà ed iniziativa, che portò frutti che oggi ancora sono indispensabili per il ricercatore e lo studioso della cultura e della storia delle regioni del Plata".

Assunto per dirigere il giornale ufficiale del governo presidenziale di B. Rivadavia, alla caduta di questi il de Angelis fondò tre instituti di educazione: il "Colegio Argentino" (femminile), l'"Ateneo" e la "Escuela Lancasteriana". Pubblicò il primo classico latino stampato in Sudamerica: il Cornelio Nepote. Mentre continuava l'attività giornalistica, iniziata sotto Rivadavia, fondando e dirigendo il "Lucero" e il "Monitor", cominciò la raccolta di documenti storici del Rio della Plata, che poi pubblicò a dispense dal 1835 al 1837: la *Colección de documentos antiguos y modernos,* opera tuttora imprescindibile —nonostante i suoi difetti per la storia dei paesi del Plata.

Grande merito del de Angelis fu anche la divulgazione del pensiero

di Giovanni Battista Vico in Argentina, con vero e duraturo successo, come mostrano anche gli accenni al Vico negli scritti di J. B. Alberdi, E. Echeverría, Miguel Cané, Marcos Sastre, Vicente Félix López, Bartolomeo Mitre.

Durante il governo di Rosas, de Angelis partecipa alla vita politica, fonda giornali, raccoglie per la prima volta le leggi e i decreti dal 1810 in poi, scrive di finanza pubblica, si occupa di studi geografici e sulle lingue indigene, raccoglie una ricchissima biblioteca di libri e manoscritti, corrisponde con uomini politici e scienziati di molti Paesi, dirige l'Archivio Nazionale.

Infine, fonda l' "Archivio Americano", la famosa rivista trilingue, inesauribile miniera di notizie storiche, che ora si sta ripubblicando.

Ma, contemporaneamente, contro lo stesso Rosas combattono altri Italiani a Montevideo: e primo fra essi Giuseppe Garibaldi. Montevideo è un centro di diffusione di idee italiane e mazziniane.

Fra gli "italianizzanti" più noti, il Weiss ricorda l'opera di Juan María Gutiérrez, di Miguel Cané, e del futuro Presidente della Repubblica Argentina Bartolomeo Mitre, traduttore della "Divina Commedia" e di altri classici della poesia italiana. Ed è l'influenza degli esuli italiani (fra i quali va annoverato anche G. B. Cuneo) ad indirizzare Mitre verso la cultura italiana.

Elio Lodolini.

Roma, Archivio di Stato.